

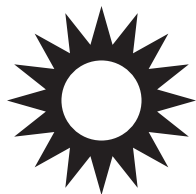
JOSÉ LUIS ROUILLON ARRÓSPIDE, SJ

VIDA DE
ANTONIO
RUIZ DE MONTOYA



UARM

Universidad
Antonio Ruiz
de Montoya



José Luis Rouillon Arróspide, SJ

VIDA DE
ANTONIO
RUIZ DE MONTOYA

**Colección
Jesuítica**



ROUILLÓN, José Luis

Vida de Antonio Ruiz de Montoya / José Luis Rouillon Arróspide.- Segunda edición.- Lima: Fondo Editorial Universidad Antonio Ruiz de Montoya, 2018.

133 páginas: 13 x 19 cm.- (Jesuítica)

Bibliografía: páginas 131-133

ISBN: 978-612-4102-35-6

1. Ruiz de Montoya, Antonio, 1585-1652 2. Jesuitas 3. Biografías 4. Misioneros 5. Reducciones jesuíticas 6. Colonia I. Universidad Antonio Ruiz de Montoya

271.93 R86 2018

Vida de Antonio Ruiz de Montoya

José Luis Rouillon Arróspide, SJ

Primera edición, 2001

Segunda edición, noviembre 2018

De la presente edición:

© Fondo Editorial de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Jesuitas

Paso de los Andes 970, Pueblo Libre, Lima 21

www.uarm.edu.pe

Cuidado de edición: Edwin Vásquez Ghersi, SJ

Anotaciones al texto: Mario Granda Rangel

Viñeta de portada: imagen extraída de *Imago primi saeculi societatis lesu a Provincia Flandro-Belgica eiusdem societatis representata*. Antverpiae ex officina Plantiniana Balthazaris Moreti Anno Societatis Saecvlari M.DC. XL. Archivo Histórico de la Provincia Jesuita del Perú, Lima.

Imagen del mapa del Paraguay extraído del portal de la Biblioteca Digital Mundial: www.wdl.org

Tiraje: 300 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.° 2018-14550

ISBN:978-612-4102-35-6

Diseño, diagramación e impresión:

Litho & Arte S.A.C.

Jirón Iquique 026 Breña, Lima

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos.

Impreso en el Perú / Printed in Perú

ÍNDICE

Presentación	▶	##
Nota al texto	▶	##%

I. Infancia y juventud

Una primera caída	▶	17
Juventud aventurera	▶	19
Primeros pasos hacia la conversión	▶	21
Los proyectos de viaje	▶	23
Una difícil confesión	▶	25
El rosario con los dedos	▶	26

‡ 13

II. La vocación misionera

Vuelta a las aulas. La vocación	▶	31
En la escuela de San Ignacio	▶	32
Momentos de indecisión	▶	37
La terquedad de una vocación	▶	39
Una espera angustiada	▶	40
Temor a la mística	▶	41

III. Misionero

Al fin al Paraguay	▶	45
De los estudios a la selva	▶	46
Recepción en el Guairá	▶	49
La vida diaria	▶	51
Antonio hace una apuesta	▶	51
Una tregua frágil	▶	53

	Excomulgado	▶ 59
	Desenmascarando a los hechiceros	▶ 61
	Impulsos misioneros	▶ 62
	Antonio, profeso y superior	▶ 63
	Por trochas de la selva	▶ 67
	Apetito de carne de sacerdotes	▶ 73
	Intervención española	▶ 77
	Antonio estratega	▶ 78
	Por tercera vez en Tayaoba	▶ 80
	Ciudades en la selva	▶ 81
	Ignacio Piraicí	▶ 82
14 †	IV. Entre dos fuegos	▶ 87
	Los españoles	▶ 87
	Los portugueses	▶ 93
	Las grandes bandeiras	▶ 94
	V. La gran fuga	
	La partida	▶ 97
	La traición	▶ 99
	La travesía	▶ 100
	Hacia Paraná	▶ 103
	Tiempos mejores	▶ 106
	Fervor religioso	▶ 108
	VI. Superior de todas las reducciones	
	Nueva estrategia	▶ 111
	VII. Misión en Madrid y Lima	
	En la corte	▶ 117
	Ante el Virrey	▶ 120

Francisco del Castillo	▶ 122
Del guaraní a la mística	▶ 123
Una insistencia que agradecer	▶ 124
Avatares de un manuscrito	▶ 125
Un diálogo espiritual	▶ 126
Los últimos memoriales	▶ 128
La despedida	▶ 129
Bibliografía	▶ 131
Mapa del Paraguay (1616)	▶ 135

PRESENTACIÓN

Hace más de cuatro siglos, apenas ordenado sacerdote, llegaba el joven limeño Antonio Ruiz de Montoya por primera vez a la misión de Loreto. Allí sirvió, durante veinticinco años, en una de las Reducciones del Paraguay. La vida apostólica de Ruiz de Montoya, a través de la enmarañada selva paraguaya y en medio de las luchas y esperanzas del pueblo guaraní, es conmovedora y apasionante. Fundador de trece reducciones, defensor de la libertad y la dignidad de los indígenas frente a encomenderos y paulistas, e investigador de la lengua, la cultura y la espiritualidad de los guaraníes, Ruiz de Montoya desplegó una actividad predicadora en condiciones siempre adversas: caciques y chamanes enemigos de la evangelización, españoles y portugueses ávidos de esclavos para sus haciendas, y autoridades civiles y eclesiales acomodadas a los privilegios que ofrece el mal uso del poder.

17

Con motivo de la celebración de los 450 años de la llegada de la Compañía de Jesús a nuestro país, la universidad jesuita del Perú, que lleva el nombre de este misionero, honra su memoria y su testimonio por medio de una segunda edición de su biografía. El libro que tenemos entre manos se lo debemos a otro jesuita, el P. José Luis Rouillon SJ, destacado humanista, profesor de teología, y realizador de documentales y de un largometraje para la televisión y el cine.

En este año de celebración, los jesuitas del Perú queremos recordar con enorme afecto y gratitud el legado de Ruiz

de Montoya, protagonista y testigo de la obra de la primera Compañía en el Perú y en América. Junto con él, cabe recordar a otros jesuitas cuyos testimonios y actividades fueron contemporáneos a las de él. El primero de ellos es su joven discípulo en Lima, el venerable Francisco del Castillo, misionero entre la población indígena y afrodescendiente de El Rímac. Asimismo, se debe mencionar a Alonso Barzana, jesuita español que recorrió los territorios actuales de Perú, Bolivia, Argentina y Paraguay, y aprendió once lenguas nativas. Finalmente, es necesario considerar al P. Juan de Alloza, jesuita limeño recordado por su denodado trabajo apostólico, gran elocuencia y notables dotes espirituales.

8 †

Felicito la valiosa iniciativa de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya de publicar una segunda edición de la biografía de su patrono. Espero que la lectura y la meditación de este libro sirvan de renovada inspiración para su misión formativa y educadora en el respeto y la promoción de la diversidad cultural de nuestro país.

Juan Carlos Morante, SJ

Superior Provincial de la Compañía de Jesús en el Perú

NOTA AL TEXTO

La historia detrás de este pequeño libro es un poco más larga de lo que podría pensarse. Una primera versión de lo que ahora se leerá formó parte del estudio introductorio escrito por el P. Rouillon para la edición del *Sílex del Divino Amor* (Pontificia Universidad Católica del Perú, 1991), el tratado de mística de Antonio Ruiz de Montoya. Una segunda versión, publicada por la Escuela Superior Antonio Ruiz de Montoya en el año 2001, llevó por título *Antonio Ruiz de Montoya. Biografía*, pero el carácter de este libro ya es distinto. En vez de ser solo una rápida reseña biográfica orientada a la vida espiritual de Ruiz de Montoya, como fue el caso de la primera, en esta se desarrolla mucho mejor la etapa de la misión en la Provincia del Paraguay, así como otros pormenores que el P. Rouillon había dejado sueltos o sin explicar.

El libro que aquí presentamos toma como modelo esta última versión porque consideramos que es la más interesante y la mejor escrita. El uso de títulos sugerentes para despertar la expectativa del lector, la frescura de la trama narrativa y la descripción del complejo contexto histórico de la época crean una atmósfera en la que se combina la intensidad de la aventura y el placer de la erudición. No obstante, la diferencia entre la edición del año 2001 y esta nueva se encuentra en que ahora se ha incluido la bibliografía utilizada por el autor para escribir este libro. Como podrá observar el lector, lo que más abunda en el texto del P. Rouillon son las cursivas, con las que se le da voz tanto al propio Antonio Ruiz de Montoya como a los otros

jesuitas que también trabajaron en las misiones; sin embargo, estas citas no se encontraban acompañadas de referencia alguna. Lo que se ha hecho ahora es colocar la referencia bibliográfica y al final del libro colocar la bibliografía con las fuentes.

10 †

Como se sabe, la gran obra del P. Rouillon sobre Ruiz de Montoya fue *Antonio Ruiz de Montoya y las reducciones del Paraguay* (Centro de Estudios Paraguayos “Antonio Guasch”, 1997), un libro de casi cuatrocientas páginas que se sirve de diversas obras testimoniales e historiográficas para reconstruir el complejo contexto social y cultural del siglo XVII. Y, precisamente, es este libro al que se ha recurrido para extraer la información bibliográfica para las citas. Así, el propósito de esta nueva edición consiste no solo en informar al lector sobre el origen de estas referencias sino en acercarlo a la propia investigación hecha por el autor. Vale decir que muchas de estas obras escritas por los jesuitas en el siglo XVII (como la *Vida prodigiosa del venerable Padre Antonio Ruiz de Montoya* escrita por Francisco Jarque, por ejemplo) son de dominio público y actualmente se encuentran fácilmente en plataformas digitales como Internet Archive (www.archive.org). También se han agregado algunos pies de página con reseñas sobre los padres jesuitas mencionados en el texto, lo que permite conocer mejor a las diferentes personalidades que acompañaron a Ruiz de Montoya a lo largo de su periplo en la Provincia del Paraguay.

Esperamos que esta nueva edición favorezca el conocimiento de la vida de Antonio Ruiz de Montoya y, a su vez, sirva como una invitación a profundizar en el legado cultural jesuita en América. En vista del próximo Bicentenario de la

Independencia del Perú, esta es otra manera más de rendir homenaje a quienes formaron parte de los primeros episodios de la historia de nuestro país.

Mario Granda Rangel

I

Infancia y Juventud

Una primera caída

Antonio Ruiz de Montoya nació en Lima el 13 de junio de 1585. Fue hijo natural de Don Cristóbal Ruiz de Montoya, originario de Sevilla, y de Doña Ana de Vargas. Don Cristóbal había dejado su patria *con las ordinarias esperanzas de mejorar fortuna* (Jarque, 1900, I, p. 55). Bien acogido en Lima por el virrey Conde del Villar Don Pardo, ocupó puestos de confianza en el gobierno local. Ignoramos por qué no contrajo matrimonio con Doña Ana. Las referencias que tenemos de ella son quizá solo parte de la leyenda hagiográfica de rigor: *de iguales prendas, hacienda y calidad* (Jarque, 1900, I, p. 55) que el marido.

† 17

Eran años difíciles para el virreinato. Noticias de filibusteros, que merodeaban por las costas del Pacífico, epidemias que no se sabía si eran sarampión, viruela, tabardillo o paperas y, para colmo, los infaltables temblores, como el del 9 de julio de 1586, que casi cuesta la vida al virrey, de visita ese día en el Callao. Quedó tan dañado su palacio que tuvo que refugiarse en la huerta de los franciscanos.

En el hogar de los Ruiz de Montoya crecía solo un hijo, rodeado de los cuidados de sus padres. El amigo y biógrafo de Antonio, Francisco Jarque¹, nos cuenta *el primer beneficio* (1900, I, p. 56) que recibió en su infancia: jugando en el jardín de su casa cayó en el pozo negro. A sus gritos llegaron los criados, salvándolo de morir ahogado en la inmundicia. Tuvieron que lavarle de pies a cabeza y cambiarle todos sus vestidos. Antonio interpretó más tarde el suceso como un anuncio de lo que sucedería en su juventud.

En una carta confidencial, escrita a los sesenta años, cuenta su vida devota durante su infancia:

18 †

Desde bien pequeño sentí grandísimo afecto a Nuestra Señora y, en esa edad, sentía siempre su favor casi milagrosamente en cosas que aquella edad trae consigo. En acabando de rezar el Rosario, me daba en el pecho con una piedra, con toda mi fuerza, que me hacía cardenales en el pecho, haciendo actos de amor, aunque entonces no los conocía. Gustaba mucho encerrarme en mi aposento a oscuras sobretarde, después de haber tomado una disciplina (sin tener maestro humano) y estarme pensando en el acto,

1 El padre español Francisco Jarque SJ (1607-1691) viajó a las misiones jesuíticas de Paraguay en el año 1628 y allí conoció a Antonio Ruiz de Montoya. A su regreso a Zaragoza publicó en el año 1662 la biografía de este último titulada *Vida prodigiosa, en lo vario de los sucesos, exemplar en lo heroico de religiosas virtudes, admirable en los fauores del cielo, gloriosa en lo Apostólico de sus empleos, del venerable padre Antonio Rviz de Montoya, religioso profeso* [...]. Para las citas que aquí se transcriben se ha utilizado la edición titulada *Ruiz de Montoya en Indias (1608-1652)* (publicado en Madrid en el año 1900) (Nota de los editores).

sin más discurso, con que me hallaba muy alentado. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 159)²

Doña Ana, su madre, falleció cuando Antonio contaba solo cinco años. Don Cristóbal, vencido por la añoranza y quizá sintiéndose incapaz de educar a su único hijo, decidió volver con este a su tierra natal donde sus parientes, aunque perdía así la bonanza económica alcanzada en Lima.

Llegaron felizmente a Panamá, pero allí los esperaba la peste que diezmaba a la población. El niño fue víctima de la enfermedad que casi acaba con su vida, ante la desesperación del padre. No se atrevió este a continuar el viaje con Antonio tan debilitado. Volvieron, pues, a Lima.

Don Cristóbal compró un oficio y se dedicó a la educación del niño. Iban cada día a misa. Un maestro le enseñó a escribir y los rudimentos de la doctrina cristiana. Pero a los tres años moría Don Cristóbal, dejando a Antonio en manos de tutores y con la disposición de que fuera matriculado en el Colegio de los Padres Jesuitas.

Juventud aventurera

Aunque no mostraron los tutores mayor escrúpulo en el cuidado del niño, cumplieron al menos la última voluntad del padre matriculándolo en el Real Colegio de San Martín, el más antiguo de la ciudad.

2 Extracto de la *Carta a Comental*, escrita por Antonio Ruiz de Montoya en el año 1645 y llamada así porque está dirigida al padre jesuita de origen napolitano Pedro Comental SJ. Las citas provienen del libro *Antonio Ruiz de Montoya y su carta a Comental*, publicado por el P. Guillermo Furlong SJ en el año 1964 (Nota de los editores).

Desde 1580, en que intervino autoritariamente el Virrey Toledo, hasta esa época, y aun muchos años después, fueron constantes las desavenencias entre la Universidad de San Marcos, escasa de alumnos, y el Colegio de San Martín, considerado como una innecesaria competencia. Es posible que Antonio sufriera las consecuencias: acomodados en los horarios del Colegio para no coincidir con los de la Universidad, obligación de asistir a determinados cursos en la misma, veto a laicos para concurrir al Colegio, transferencia de sus mejores profesores...

20 †

Los primeros fervores de nuestro alumno se desvanecieron pronto. *Dentro de algunos días, me sonsacaron amigos y me distraje, de tal suerte, que ya no trataba sino de holgarme y pasearme, y confesarme de año en año* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 159). No debió distinguirse entre sus compañeros. Su deterioro espiritual fue en aumento y *llegó el punto a tanto que, tres años, estuve sin confesarme* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 159). Incluso abandonó los estudios para entregarse a la vida disoluta, malgastando la herencia paterna.

Tenía ya cumplidos diecisiete años y con ansias de vivir independiente, señor absoluto de sus acciones y hacienda, comenzó a obrar como tal, adornando su casa con rico menaje, escritos curiosos, sillas, bufetes, servicio de plata, costosas tapicerías; asalariando criados, previniendo caballos, y galas, reponiendo en el trono de su corazón al ídolo de la vanidad [...]. (Jarque, 1900, I, p. 82-83)

El día de San Francisco de Asís ciñó la espada, con asistencia de todos sus amigos, con el aplauso, y solemnidad que acostumbran los caballeros. Todo era solicitar

entretenimientos, cursar garitos, ruar las calles, acudir a los paseos [...] *Peor que un gentil*. Así lo dice en sus *Apuntamientos*. (Jarque, 1900, I, p. 83)

El mismo Antonio reconoce: *En el último de esos tres años me sucedieron muchas desgracias y peligros de perder la vida y de hacerla perder a otros, con que, por momentos, estaba en la cárcel o retraído o sentenciado a destierro* (Ruiz de Montoya, 1964, pp. 159-160). *Salía de noche con otros mozos atrevidos, y desenvueltos; haciendo pesadas burlas a la justicia, cuando iba de ronda por la ciudad en las tinieblas de la noche* (Jarque, 1900, I, p. 85). Más graves serían otras que lo llevaron a la cárcel o le merecieron condena de destierro. La oscuridad de la ciudad de entonces era buena cómplice de excesos. Fray Reginaldo de Lizárraga escribió que Lima *desde fuera no parece ciudad sino un bosque por las muchas huertas que la cercan* (1908, p. 52).

‡ 21

Jarque nos presenta una faceta inesperada de Antonio que anuncia futuros desarrollos de su personalidad. En momentos de desánimo y confusión interior, *salía a respirar en el campo. Subió a un cerro [...] que enseñoera el Convento de los Padres Franciscanos Descalzos, y considerando la paz, la quietud, la seguridad, y alegría con que vivían en aquel amable retiro los religiosos santos [...]* (1900, I, p. 87)

Primeros pasos hacia la conversión

Dios comenzó a actuar en el interior del joven nuevamente: primero a través del temor a recibir daño físico: *Yo traía miedo que, en una casa, me querían coger y hacerme algún mal*. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160). Pronto pudo comprobar que no eran temores infundados: *Y una noche, a la medianoche, quiso Nuestro*

Señor que queriéndome matar, me estuve defendiendo como pude por espacio de media hora, hasta que ya de cansados me dejaron (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160).

En una segunda etapa, el temor es a la condenación eterna: *Yo traía entreojos que, en esta casa, me habían de matar sin confesión* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160). Su primera reacción, como hombre avezado en lances de armas, fue la cautela: al pasar delante de esa casa, *cuando iba solo, iba por medio de la calle; cuando acompañado, ponía al compañero al lado de donde temía el peligro* (Jarque, 1900, I, pp. 103-104).

22 †

Esta aprensión se hace cada vez más explícita en su interior:

Y así una noche, viniendo de la misma casa con dos amigos, una noche muy oscura, como a las once o doce, cogíome un pensamiento de que la justicia de Dios estaba conmigo muy enojada y que ya estaba para descargar su brazo sobre mí y me parecía que ya sentía con un grave castigo. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160)

Por último, un suceso violento debiera haber culminado el proceso interior:

Yendo yo embelecido con esto, díjome un compañero: “Hola, aquí se debe de haber muerto de repente este hombre o le han muerto a puñalada y echado aquí”. Alborotéme de suerte que, en lo restante de la noche, no pude dormir y con un sudor grande. Ya que quería permanecer, porecióme (sic), estando en mi cama, que no había sido verdad lo de la noche pasada sino sueño. Al fin me vestí sólo para ver si estaba allí aquel cuerpo. Hallé la señal en el suelo que como había hecho garra, lo que había

cogido el cuerpo no estaba mojado. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160)

El muerto era un amigo íntimo de Antonio y que había estado horas antes con él.

No bastaron estos avisos del cielo. *El demonio me tiraba a los deleites, conque me endulzaba la amargura de mi conciencia* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160). *Tan tiranizado sentía el libre albedrío con la costumbre en sus vicios, que se había ya hecho naturaleza, particularmente con el deshonesto* (Jarque, 1900, I, p. 95).

Una nueva aventura sería algo más eficaz:

Una noche me cogieron en aquella casa y me dieron tres heridas encima del corazón, que por bien poco no me dejan allí. Al fin me escapé, y hacía tan fría noche, y yo estaba tan acongojado de mi conciencia, que pensé, quedarme arrimado a una pared muerto. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160)

† 23

Los proyectos de viaje

Antonio decide escaparse de tantos riesgos y de una fama nada envidiable. *Al fin me pareció conveniente irme a Chile o hacer una larga ausencia, porque me consideraba ya metido en el infierno* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160). Hizo contactos con el gobernador de Chile, el veterano Maese de Campo Don Alonso García Ramón, y, acompañado por este, con el Virrey del Perú Don Gaspar de Zuñiga y Acevedo, Conde de Monterrey, *ofreciéndome a ir por dos años a mi costa* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160) Así lo había hecho pocos años antes Don Francisco Quiñones, el predecesor de García Ramón, financiando toda la

expedición contra los indomables araucanos. Ruiz de Montoya quería con un acto de bravura hacer olvidar sus fechorías. *A los diecinueve años de su edad asentó su plaza por dos años en la bandera de uno de los capitanes más valientes, y de la más lucida, y numerosa compañía* (Jarque, 1900, I, p. 110). Compró armas y ricos vestidos, *saliendo a las reseñas con singular lucimiento* (Jarque, 1900, I, p. 110). *Estando ya en vísperas de ir y yo con buen deseo.* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160).

24 †

Pero aquí se trunca el proyecto. Sería uno de los tantos viajes frustrados por mano ajena en su azarosa vida *quiso el Señor, por medio de un amigo mío, hombre de autoridad y honrado, disuadirme la ida* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160). Pero, ¿cómo disculparse ante las autoridades del abandono de su plan caballeresco? El buen amigo le hizo el servicio completo: *y me dio una buena excusa para con el virrey y gobernador* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160).

Le quedaba la otra alternativa: poner tierra de por medio o *hacer una larga ausencia* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160), conforme a su proyecto inicial.

Tuve luego deseo de irme a Tierra Firme [la zona comercial de la época, en el istmo de Panamá] (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160) con los galeones que parten del Callao y traen las mercancías que los de España dejan en Portobello, *y allí comprar media docena de vestidos* [en lo que habían ido a parar los ideales caballerescos de la víspera!] *y volverme a Lima a romperlos, pareciéndome que con esta ausencia todo se olvidaría.* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 160)

Aparentemente su intención era volver a las andadas. Por eso, *no comunicó este segundo viaje a quien lo había disuadido del primero*

(Jarque, 1900, I, pp. 112-113). Temía buenos consejos que le privaran de esta segunda oportunidad. *Dio parte solos a aquellos falsos amigos, a quienes solía darla de sus livianidades* (Jarque, 1900, I, p. 113).

Una difícil confesión

Acordéme que era muy fácil ahogarme e irme al infierno, y para eso propuse de confesarme (Ruiz de Montoya, 1964, p. 161). Menos mal que algo le quedaba de conciencia, que se le despertó ante los peligros del viaje. Fray Reginaldo de Lizárraga lamentaba que los limeños no supieran andar ni tuviesen práctica de navegación.

La buena intención de Antonio no borraba la frivolidad en que vivía: *consolándome que el andar bien vestido no importaba para la confesión, que eso no me lo había de quitar el confesor, ya que me quitase otras cosas* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 161). Seguían vivos en él recuerdos de su infancia devota y, como tantos otros, fue en busca de *un Padre, que, siendo yo pequeñuelo, me había confesado* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 161). Le esperaba un terrible chasco. Cuáles serían sus pecados que, *habiéndome oído, me dijo que no podía absolverme, que llamase al Padre Juan Domínguez, que era hombre docto y él me confesaría* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 161). Su frágil buena intención se quebró. *Quedé, tan desabrido que hice propósito de no confesarme más, que, pues no me querían confesar, yo tampoco quería* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 161).

Mas, en el fondo, Dios tiene una debilidad por estos corazones indómitos. Lo acosó en su rebeldía. *En un instante sentí interiormente un grande impulso de que volviese a la Compañía,*

que luego me confesarían (Ruiz de Montoya, 1964, p. 161). Y sucedió un encuentro, que muchas veces creemos casuales, y son obra de la providencia de Dios: *Volví y entrando en la portería, me encuentro con el Padre, que no me quiso confesar, que iba fuera de casa, y junto a él estaba el Padre Domínguez* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 161). Ya no pudo escapar, como probablemente intentó. *Hablóle el otro Padre y él me confesó generalmente de toda mi vida y absolviéndome.* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 161).

No sabemos qué pasó en el corazón de Antonio. Pero aparentemente olvidó, por un tiempo, el viaje y los lujosos vestidos. El travieso muchacho cambió de actitud. Parece que a partir de este momento es otra persona la que habla:

26 †

Entrando por este tiempo, que era cuaresma, a tomar disciplina en la Compañía todas las noches, [*¿sería la penitencia de la confesión?*] vi venir tras de mí un Padre, que por ser tan oscuras las noches no lo conocía. El cual me llamaba [...] Este era el Padre Gonzalo Suárez [...] Dos años, me dijo, que traía impulsos de hablarme y rogarme que, a lo menos, no ofendiese a Nuestro Señor. El cual quiso que aquella noche cobrase a este Padre tanta afición que no me apartaba de él. Con cuyo trato me anima, mucho a vivir algo concertado [...]. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 161)

¿Es ya Antonio otro hombre? Nos va a desengañar. Los buenos propósitos no eran tan serios como para dejar el viaje que había propuesto y con el intento que lo hacía.

El rosario con los dedos

Nos espera otra sorpresa. Este muchacho frívolo y díscolo entra en una nueva escuela:

Un día de estos fui a oír misa a San Francisco, como solía, en el altar de la Concepción de Nuestra Señora, y habiéndola oído y rezado el rosario de Nuestra Señora con los dedos, porque se me había perdido el Rosario, le ofrecí a Nuestra Señora, y le dije que lo recibiese y me perdonase, que yo compraría o buscaría otro rosario. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 161)

Nada nos anunciaba hasta ahora estas devociones de Antonio y su intimidad con la Virgen, a no ser que nos remontáramos a los primeros años de su vida. Era lo que le quedaba *de la buena educación de su niñez* (Jarque, 1900, I, p. 95).

Ocasión propicia para que nuestra Señora asumiera también un papel activo en este proceso interior:

‡ 27

Acabadas de decir estas razones, me pareció que desde la imagen de Nuestra Señora, me dijo dentro de mí mismo, sin que yo oyese externamente nada: “Hoy te daré un rosario”. Hasta ese día no había experimentado cosa semejante, ni yo entonces entendí cómo fue aquello. Pero no pude dejar de creerlo en ninguna manera. Y así, humillándome hasta el suelo interiormente, le hablé y dije que yo lo aceptaba y que en su nombre lo tendría. Y esto sin hacer discurso del modo con que me lo había de dar. (Ruiz de Montoya, 1964, pp. 161-162)

Fue el momento real de su conversión tan demorada. Este huérfano necesitaba una voz maternal, el *dulce son de aquellas palabras* (Jarque, 1900, I, p. 128) que quebrara sus últimas defensas.

Desde este punto quedé tan trocado, que yo mismo no me conocía. Y luego, saliendo a la plaza, los hombres y las cosas

me parecían de otra manera y que todo era burla y juego, y que no había otra cosa de que hacer caso sino de servir a Dios y a la Virgen. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 162)

Esa trivial experiencia del rosario, rezado con los dedos, adquiere en este relato consecuencias incalculables. En el mundo, que repentinamente se le desenmascara, haciéndosele extraño: *burla y juego* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 162), Antonio se convierte en un devoto obsesionado de la Virgen y el rosario. *Y así, desde este día, perpetuamente andaba con el rosario dentro de la faltriquera y rezando rosarios o haciendo actos, procurando andar tratando con la Virgen* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 162).

28 †

Este día en la tarde [...] fui a la Compañía, olvidado de lo que me había prometido mi Señora, la Virgen, y encontrando al Padre Suárez, me dijo que entonces le habían acabado de dar un rosario, y que luego lo aplicó para mí. Y en este punto se me acordó lo que me había pasado en el altar de la Concepción, con lo cual recibí un consuelo grandísimo. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 162)

Es conmovedor ver, cuarenta años después, a los dos amigos, Antonio y Francisco del Castillo, preguntando en la iglesia de San Francisco por la imagen de la Virgen. Pero la habían trasladado al convento de Nuestra Señora de Guadalupe.

La confirmación de la promesa de la Virgen produjo nuevos efectos en la vida de Antonio, un movimiento interior que lo impulsó a asumir una más radical entrega: *Este mismo día, acabadas de oír aquellas palabras [del Padre Suárez], me sentí muy aficionado, luego al punto a guardar castidad y así hice un*

muy firme propósito de guardarla y de dejar las ocasiones que tenía de caer. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 162)

La casa a que aludió tantas veces debía ser la ocasión principal; la otra serían sus compañeros de travesuras nocturnas. Antonio insiste, por si no se lo hemos tomado en serio: *El cual propósito he guardado, aunque muy poco después hice voto de ello* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 162). ¿Nos encontramos realmente ante otro hombre? La frase siguiente nos va a desconcertar: *Lo restante de la Cuaresma gasté en ayunos y penitencias, con intención todavía de hacer mi viaje* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 162). El propósito frívolo inicial ha sobrenadado todos los oleajes interiores.

II

La vocación misionera

Vuelta tardía a las aulas. La vocación

Pero el proceso de conversión sigue su marcha incontenible. *El segundo día de Pascua me sentí en un momento trocado y con deseos de volver a estudiar* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 162). Era retomar la vida ordenada que su afán de aventuras lo había hecho abandonar hacía no sabemos cuánto tiempo.

‡ 31

No faltaron dificultades. La primera, la navegación que había de emprender en de breves días. La segunda, y principal, hacérsele muy cuesta arriba a los diecinueve años la vuelta a pueriles ejercicios, pareciéndole que iba a ser la risa de sus amigos. (Jarque, 1900, I, pp. 132-133)

Sobre todo, si volvía, como lo hizo, al mismo colegio que había abandonado años atrás. *Parecióle muy a propósito el Colegio de San Martín* (Jarque, 1900, I, p.140). Tuvo seguramente que hacer méritos para que sus antiguos maestros lo admitieran, después de su alejamiento voluntario y prematuro, y de su vida más pícara que caballeresca. Era rector del Colegio el célebre José de Arriaga, autor de la *Extirpación de la Idolatría en el Perú* (Lima, 1621).

Pero Antonio no se contentaba con esta vuelta a los estudios abandonados. También deseaba *del todo dar de mano al mundo y entrarme religioso en San Francisco*. Como tantos jóvenes en

situación semejante, buscó a quién abrir su alma: *Lo cual al punto comuniqué con mi confesor y aprobó el intento que tenía* (Jarque, 1900, I, pp. 132-133).

32 †

Claro que para un jesuita esas decisiones no debían ser solo resultado de un impulso generoso, sino probadas en el crisol de los Ejercicios Espirituales, cuya intención básica es preparar al ejercitante, con la ayuda de la gracia, a descubrir su vocación dentro del plan de Dios. *Pero aconsejéme que antes de empezar entrase a hacer los Ejercicios y así lo hice* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 162) *en una celda del Colegio San Pablo de la misma Compañía [...] a 20 de mayo del año del Señor de 1605* (Jarque, 1900, I, pp. 143). Algún malicioso podría suponer que se trataba de una táctica jesuítica para ganarse vacaciones ajenas. De hecho, un testimonio de Francisco del Castillo muestra que Antonio, como típico alumno díscolo, tenía entonces *despego y desamor que tenía a la Compañía* (Castillo, 1960, p. 107).

En la escuela de San Ignacio

Sus primeros Ejercicios Espirituales, que fueron de ocho días, se convertirían en una aventura que nunca soñó. El confesará más adelante, en tercera persona, que era entonces *ignorante no solo de los maravillosos efectos que suelen causar, pero aun del nombre [...] Tres días estuvo en ellos como en galera. Al cuarto, temeroso de ponerse a la oración como si fuera a un remo* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 25).

Inicia un análisis de su proceso interior como en un *examen de la oración*, tal como lo prescriben las *adiciones* de los Ejercicios Espirituales:

Ni parado ni de rodillas ni sentado podía estar. El cuerpo me pesaba muchísimo. La imaginación todavía en las burlerías pasadas y lo que más me atormentaba era lo que sentía dentro de mí: “¿Para siempre has de dejar los deleites que ayer tenías, y a tus amigos y pasatiempos?” Aunque más pena me daba el no poder reprimir este pensamiento que no el dejar los amigos y deleites que dejaba. (Ruiz de Montoya, 1964, pp. 162-163)

Es el proceso que San Ignacio llama desolación. Rebeldía del cuerpo y del espíritu, insidias del tentador. Pero ya el alma fina, que se va abriendo paso en el interior de Antonio, distingue entre la lucha con el pensamiento y la realidad propuesta.

‡ 33

En este punto se inicia en él un proceso de desmaterialización, que más tarde explicará detenidamente a Francisco del Castillo. *Pero al fin, al cuarto día, estando de rodillas, me pareció que, mientras más estaba así, menos me dolían y poco a poco se me iban adormeciendo los sentidos* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 163). No está seguro de lo que debe hacer: *Dábame gusto esto, pero, de cuando en cuando, temía un poco y yo propio me volvía a despertar* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 163). Con una bella imagen de sabor teresiano nos introduce plásticamente en el proceso:

Así como un hombre, que está en una sala llena de ventanas y quiere quedarse en recogimiento a oscuras, va cerrando poco a poco las ventanas y mientras más ventanas cierra más recogimiento siente de sus sentidos, hasta que del todo queda oscuras, sin ver, oír ni tocar nada, así le sucedió a mi alma, que, poco a poco, me fueron adormeciendo los sentidos sin ver, oír ni oler cosa, pero las potencias muy vivas. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 163)

La descripción inicial presenta un proceso de recogimiento activo, pero al aplicarla a su propia experiencia el recogimiento es ya pasivo (“me fueron adormeciendo los sentidos”). El fruto de esta experiencia no se hace esperar: *Lo primero que sentí fue un grandísimo despego de toda cosa criada, buena ni mala, de ser religioso ni de no serlo, como ni deseo ni concupiscencia hubiese en mí alguna* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 163). Es la indiferencia que San Ignacio considera necesaria para una buena elección, pero alcanzada en este caso, no por los medios ordinarios de meditación de los Ejercicios, sino como consecuencia de un recogimiento pasivo, obra de Dios, que lo introduce en la vida mística.

34 †

El proceso de elección sigue un camino excepcional en la tradición ignaciana:

Estando en esto, me pareció veía a los de la Compañía y no los conocí por el hábito porque los veía de blanco, de una cosa muy transparente, de suerte que todo lo que tenían dentro de su cuerpo estaba patente. Yo no sé cómo los conocí, pero sé que los conocí, aunque no sentí que dijese algo [...] Parecióme ver en un gran campo muchos infieles. Sentíame muy aficionado a ayudarlos, para que se salvaran, y, lo que más me incitaba a esto, era el ver a los de la Compañía como que arremetían hacia ellos, encendidos de caridad para hacerlos cristianos y que se salvaran. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 163)

En esta experiencia hay elementos de la meditación ignaciana del rey temporal y eternal, como el gran campo con muchos infieles y el carácter bélico de la arremetida de los jesuitas. Pero los rasgos visionarios y la certeza que producen escapan al marco habitual de los Ejercicios.

Por lo que sigue, la vocación de jesuita aparece como obvia a partir de este momento, sin que se haya planteado una elección de manera explícita:

Fue tanto el respecto que me quedó a los de la Compañía, que no me atreví a pedirla ni dar cuenta de esto, porque me pareció que no me habían de recibir. La Virgen fue la que me alcanzó todo esto y la que hizo que, dentro de un año y medio, aprendiese el latín, que había menester para ser recibido en la Compañía. Y así le hice luego voto de entrar en la Compañía, para emplearme en infieles [...]. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 164)

Brusco cambio a partir de esta visión. El *despego y desamor* a los jesuitas se convierte en decidida vocación y hasta en un voto de entrar en la Compañía. Pero al mismo tiempo en una intención misionera que sabrá defender. Otra experiencia mística, entrelazada con la anterior, lo introduce en la intimidad de la oración:

[...] me pareció que Cristo Nuestro Señor venía hacia mí y se me llegó tan cerca que su costado, que estaba manando sangre, me le llegó a mi boca. El consuelo que sentí no se puede decir. Y esto último fue lo que más sensiblemente sentí. Evanuit [*desapareció*] y quedé tan consolado y tan tocado, que todo cuanto veía me pareció burlería y una gana de la oración, que no podía pensar en otra cosa. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 163)

Afirmó muchas veces al Padre Francisco Díaz Taño, íntimo confidente suyo [...] “que fue tan divina la suavidad que sintió, que habiendo durado ese regalo más de una hora, le

pareció que había pasado en un punto”. (Jarque, 1900, I, pp. 150-151)

Desde este día, tuve mucha facilidad en la oración y en los sentimientos espirituales. (Ruiz de Montoya, 1964, pp. 163-164)

36 †

Siguió sus estudios en el Colegio de San Martín entre gracias místicas y largas horas de oración: *por lo menos hora y media de oración mental, y los domingos y fiestas tres y cuatro seguidas* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 164). Y se aplicó con igual fervor al estudio, *como si de él pendiera su vida y su ser. Aprovechó tanto, que en once meses, con admiración de sus maestros, llegó, precediendo riguroso examen, a la clase de retórica [...] recitando en público con mucho aplauso una elegante oración latina* (Jarque, 1900, I, p. 154).

Pero dudaba de ser admitido en la Compañía *por mis defectos* y por ser *hijo natural y no legítimo* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 164). Una voz interior le aseguró: *En la Compañía entrarás y la falta de naturaleza Dios la suplirá con su gracia* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 164).

Pero quería también asegurar la vocación misionera que había experimentado anteriormente:

En este ínterin oí decir que venía el Padre Diego de Torres, de Quito, por provincial del Paraguay a socorrer aquella gente miserable. Me acordé de lo que me había pasado en los primeros Ejercicios Espirituales. Y así me determiné a esperarle y seguir su orden. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 164)

Momentos de indecisión

Nuevamente la picardía se infiltra en su relación con los jesuitas. *Mi confesor me daba prisa para que entrase en la Compañía, porque todos los Consultores estaban de su parecer* (Ruiz de Montoya, 1964, pp. 164-165). Aparentemente todos habían perdonado sus fechorías, todavía frescas en la sociedad de Lima. Pero Antonio daba largas, buscaba excusas: *detenía-le diciendo que no sabía muy bien latín, que me dejasen estudiar cuatro meses más*. La realidad era que esperaba la llegada de la expedición al Paraguay para *ofrecerme al Padre Diego de Torres*³ (Ruiz de Montoya, 1964, p. 165). Temía, quizá no del todo equivocadamente, que, si entraba al noviciado *no me dejarían ir a otra provincia los del Perú* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 165).

‡ 37

Con todo, al fijar el Provincial el día de su ingreso le asaltaron dudas y tuvo la prudencia de consultar el caso *a un Padre muy espiritual, con quien yo comunicaba mis cosas* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 165). El consejo fue realmente espiritual: *No pierda esta ocasión, que si el Señor le ha escogido para esa empresa él le enviará, aunque todo el mundo no quiera* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 165).

No había sido fácil el comienzo en la provincia del Paraguay, que se extendería a Tucumán y Chile. El Padre General Aquaviva había decidido primero desgajar de la Provincia del Perú, que abarcaba a comienzos del Siglo XVII toda la América del Sur, las viceprovincias del Nuevo Reino de Granada, es decir, Colombia, y la de Tucumán con Paraguay y Chile. Volvía

3 P. Diego de Torres, SJ (1547-1638), quien ideó el sistema de las reducciones y ocupó el primer cargo como provincial del Paraguay. Publicó el *Arte de la lengua aymara* (1616) y *Arte, y vocabulario de lengua Quichua general de los Indios de el Perú* (1754) (Nota de los editores).

el Padre Diego de Torres de Roma con este proyecto, cuando lo alcanzó en Valladolid una carta urgente del Padre General, fechada el 9 de febrero de 1604. Nuevas informaciones del Perú y de los misioneros de Paraguay y Tucumán lo habían movido a convertir Paraguay en *provincia distinta, independiente de la del Perú*, y elegía al padre Diego de Torres de provincial (Vargas, 1963, I, p. 284).

38 †

En Lima las cosas no estaban tan claras. Un escandaloso proceso ante la Inquisición contra un jesuita, el Padre Manuel de Ortega, misionero del Paraguay, por violación del sigilo sacramental, tenía a la ciudad en vilo. El calumniador que lo denunció terminó retractándose en el lecho de muerte y ante notario público, dando feliz término al proceso. El Padre Ortega y su superior, Rodrigo de Cabredo, volvieron de la Inquisición a San Pablo, hoy San Pedro, en una calesa, en medio de una multitud entusiasta.

Entre tanto había nuevo provincial en el Perú, el Padre Esteban Páez. A este le pareció oportuno demorar la creación de la provincia del Paraguay hasta que se aclarara el caso del Padre Ortega. Por otra parte, asesorado por sus consultores, no creyó conveniente la decisión última del General, y mantuvo el proyecto anterior, el de crear dos viceprovincias dependientes, una en el norte y otra en el sur de la provincia peruana. Diego de Torres fue enviado como viceprovincial al Nuevo Reino de Granada, precisamente en la dirección contraria de lo dispuesto por el General. La reacción de Roma no se hizo esperar. Insistió Aquaviva en la creación de la viceprovincia independiente del Paraguay, ratificando a Diego de Torres como su primer provincial y encargado de organizar la primera gran expedición de misioneros.

No sabemos cuánto de estos sucesos llegaron a oídos de Antonio. Lo imaginamos en la multitud entusiasta que acompañó al Padre Ortega cuando fue liberado de todo cargo por la Inquisición. Quizá sus dudas y largas para entrar al noviciado tuvieron que ver con las marchas y contramarchas de Diego de Torres y su expedición misionera.

La terquedad de una vocación

Entró, pues, al noviciado, a todo riesgo, confiado en el consejo de su asesor, el 11 de noviembre de 1606, víspera de la Presentación de la Virgen. Fue recibido en la Compañía por el Padre Páez en el Colegio de San Pablo. Contaba Antonio con veintiún años.

Nuevas gracias interiores le confirmaron sus ansias misioneras. En el fervor de unos Ejercicios con *muy particulares sentimientos de amor a la Virgen*, aprovechó la ocasión para involucrarla en sus planes: *a quien ofrecí mi vida y trabajos que padeciese en el Paraguay* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 165). También trabajaba a su superior: le di cuenta *del deseo, que el Señor me daba de la conversión de los indios del Paraguay* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 165). La reacción del superior lo desconcertó, al menos inicialmente. *Me dijo que, si el Padre Diego de Torres viniese y preguntase que quién quería ir con él, que él traía licencia para llevarle, en ninguna manera le hablase palabra* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 165). ¿Era para moderar sus ímpetus? ¿O por una cierta resistencia de los jesuitas peruanos ante esta separación total de la nueva provincia del Paraguay a pesar de los planteamientos locales? No tenemos una respuesta.

Antonio obedeció: *Así lo hice, pero acordé pedirle a quien podía más, por medio de la Virgen*. En terminología jesuítica, tuvo obediencia de ejecución, pero no de juicio. Ya que el superior

le cerraba aparentemente las puertas del Paraguay, se volvió *a quien podía más* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 165) para obtener la realización de sus sueños misioneros.

Una espera angustiada

Solo cinco meses contaba de novicio cuando en 1607 llegó del *Nuevo Reino de Granada a Lima, el V.P. Diego de Torres* [...] *Traía consigo tres novicios* (Jarque, 1900, I, p. 173) que completaban la expedición de misioneros. Se enfermó oportunamente uno de los novicios. Antonio adivinó que esa era la ocasión que esperaba. Pero pasaban los días, se acercaba el momento de la partida y nadie lo tenía en cuenta.

40 †

Acudió en este conflicto su gran Señora, haciéndome un novenario en la octava del Corpus. (Jarque, 1900, I, p. 176)

Un día de noche [...] estando en el cancel de la sacristía de Lima, empecé a recogerme muy dentro de mí, y estándolo suplicando, muy de veras, a la Virgen y al bienaventurado Javier, me pareció oír estas palabras: “No tengas pena, hijo, irás”, las cuales salían de la Virgen. El Señor sabe el gozo que tuve y certidumbre. Quería reventar y dar voces. Y así decía entre mí: Ya no les tengo envidia a los que van, que todos somos compañeros. Y aunque en muchos días no me dijeron los superiores nada, no se me daba nada, porque ya yo lo tenía seguro, hasta que después me lo dijeron. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 165)

Antes de la partida, estuvo Antonio acarreado piedras con sus compañeros para la construcción del edificio del Noviciado, hoy Casona de San Marcos, entonces en construcción, en lo que eran todavía las afueras de la ciudad.

Temor a la mística

Se despidió de Lima con unos fervorosos Ejercicios, en los que sintió de nuevo gracias especiales. Pero esta vez pidió al Señor que,

si le placía me quitase las consolaciones de la oración, porque andaba acongojado por haber oído decir siempre que el modo de la oración de la Compañía era mucha mortificación y que lo demás era engaño y burla, con que pasaba algunos ratos amargos. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 166)

La prevención contra las gracias extraordinarias era grande en esa época, sobre todo a partir de la persecución de grupos de iluminados y beatas ilusas, por la Inquisición en España.

‡ 41

Al Virreinato del Perú llegaron a finales del siglo XVI trescientos ejemplares del *Sermón de las caídas públicas* de Fray Luis de Granada en que reconocía su error por haber aprobado visiones de una religiosa portuguesa, María de la Visitación, priora del convento de la Anunciada en Lisboa, desenmascarada más tarde por la Inquisición.

San Ignacio había insistido en que no eran las visiones y profecías, sino la mortificación y la humildad los signos de la unión con Dios. Una larga carta del Padre Polanco, su secretario, precisaba las señales para reconocer las profecías auténticas.

Pero el apesadumbrado Antonio se decía, como Santa Teresa en situación similar, que *en la oración siempre estaba certificado lo que era verdad lo que me pasaba* (Ruiz de Montoya, 1964,

p. 166). No suele hacer caso el Señor a las súplicas de sus elegidos, que temen favores extraordinarios. Antonio no fue una excepción: *De repente me pareció estar metido dentro del costado de Cristo Nuestro Señor con grandísimo gozo. Estando en esto, parecíame no tener más que desear, ni pedir, en los cielos ni en la tierra* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 166).

Le esperaba, sin embargo, una lección hasta cierto punto tranquilizadora: *vi que me faltaba un gran escalón que subir [...]* *Entendí que era la contemplación de la esencia divina y lo que se me había mostrado hasta entonces era por cosas materiales* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 166).

42 †

Era tal su fervor en esos días que, en el acarreo de material de construcción, se sentía ingrátido: *Aunque me cargaba muchísimo de piedras, de rato en rato me parecía que no andaba por la tierra, ni que llevaba carga chica ni grande* (Ruiz de Montoya, 1964, pp. 166-167). Otras veces perdía la noción del tiempo que pasaba en oración. Pero terminaba exhausto:

Quedé tan debilitado que apenas me pude levantar. Al fin, arrimado a las paredes, me fui a mi celda que tenía solo, donde quise rezar por haber tocado a ello. Y no podía abrir la boca ni estar de rodillas, sino sentado en el suelo y arrimado. Y con los relieves pasados estaba como embobado. Y así me pasó otra hora en un soplo. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 167)

Los sentidos se le embotaron:

Yendo al refectorio, toda la comida me daba gana de echar las entrañas por la boca. Al fin empecé a comer esforzándome y parecía que comía un poco de lana. Yendo

a la quiete [*recreo*], no pude sufrir las voces y murmullo, y así pedí licencia para recogerme. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 167)

Se comprende el desconcierto del joven al sentirse tan ajeno a la realidad cotidiana. Más aún, se avergonzaba; temía ser vanidoso si hablaba de ello. Conforme a las reglas de la Compañía y a la más sólida tradición de la Iglesia, debía comunicar estas experiencias al maestro de novicios. *Sentía en todas estas cosas dar cuenta al superior, porque se me ofrecía que por vanagloria las decía* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 167).

III

Misionero

Al fin al Paraguay

Llegó el deseado viaje. Los novicios fueron por mar a Chile con el Padre Ponte. Fue una travesía feliz. Después, en dos carretas tiradas por bueyes emprendieron el viaje a través de la cordillera. El punto de destino era Córdoba, donde continuarían el noviciado. Año y medio después hacía Antonio los votos, el día 12 de noviembre de 1608.

† 45

Entre otros sucesos maravillosos cuenta Antonio:

Estando en oración hablando con la Virgen, me fui adormeciendo en los sentidos, como otras veces. Pero experimenté lo que nunca, y fue que desde los pies parece se me iba subiendo hacia arriba no sé qué. Yo entendí entonces que era el espíritu, que desamparaba aquellas partes, y se recogía hacia el pecho, donde sentía hacerse la obra del querer y amar. Pero debía de ser el calor natural, que desamparaba aquellas extremidades. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 168)

Poco después el fenómeno es más preciso:

Sentí las extremidades del cuerpo desamparadas del calor natural y el pecho encendido, amando. Y al cabo de muy poco sentía todo aquel calor natural, que, como vapor, se

iba subiendo hacia la cabeza donde, habiéndose juntado, sentí un grandísimo calor en ella. Y en lo superior, en parte interna y suprema de la cabeza junto a la mollera que llaman, más en medio de la cabeza, vi yo mismo una claridad. No podía ver con los ojos pero vi no sé cómo. Conocí que era el entendimiento con que hemos de ver y conocer la divinidad. No vi nada con el entendimiento, pero eché de ver que lo que se ve con él no es corpóreo, como si viese yo con un ojo y por otra parte no viese nada. Esto es algarabía, que no puedo dar a entender, pero bien la entendí (Ruiz de Montoya, 1964, p. 168)

46 † **De los estudios a la selva**

Antonio estudió filosofía y teología en Córdoba después del noviciado durante solo cuatro años, tiempo muy corto para tantos estudios. Lo confirma una información al Padre General de uno de sus superiores, el Padre Nicolás Mastrilli Durán: *fue pecado quitarle los estudios, porque pudiera ser provincial* (Storni, 1984, p. 426).

En febrero de 1612 recibía la ordenación sacerdotal de manos de Monseñor Fernando Trejo y Sanabria en Santiago del Estero, la más antigua ciudad de Argentina. Volvió al colegio de Córdoba a celebrar su primera misa, invadido de consuelos espirituales.

No hay rastros de Tercera Probación, el último año de formación jesuítica. El Padre Furlong sale en su defensa: *pero hemos de decir que la practicó en forma más extensa y más intensa, ya que su vida toda, a partir de 1612, fue un sustituto excelente [...]* (1964, p. 12).

Quizá todas estas prisas y lagunas en la formación de Antonio se deban al fervor, reconocido por superiores y compañeros, de su vocación misionera. Al fin, después de más de seis años de ardiente espera, fue destinado a las reducciones del Paraguay.

Partió con su Provincial, que era todavía el Padre Diego de Torres, y Don Francisco de Alfaro, encargado por el Consejo de su Majestad para evaluar la situación del Paraguay. Ya en camino, el provincial le concretó su destino: las misiones del Guairá, hoy en el Brasil. *Se bañó en agua de ángeles con esta alegre nueva, cumpliendo de todos sus deseos, y desempeño de tantas profecías* (Jarque, 1900, I, p. 210).

‡ 47

Llegaron después de un recorrido de doscientas sesenta leguas a Asunción. *Entre tanto que el Padre Provincial no lo despachaba a las reducciones* (Jarque, 1900, I, p. 211), se zambulló con apasionamiento en el estudio de la lengua guaraní. Pero nuevas dificultades se le iban a presentar todavía que harían problemático su futuro misionero:

Llamólo un día el Provincial, y el susto que le dio refiere el mismo Padre Antonio [...] “...estuvo en balanza mi partida [...]” Ya con el pie en el estribo para mi misión, me dijo [el Provincial] estas palabras:

“Yo lo había traído para la Misión Apostólica del Guairá, pero la necesidad que de su persona tengo, me obliga a muda de consejo, y llevarle a Chile”.

Helóme el corazón deliberación tan inopinada. (Jarque, 1900, I, pp. 211-212)

Realmente el tan ansiado destino se había convertido en una carrera de obstáculos. Pero Antonio tenía tácticas para esos momentos en que se le derrumbaba el mundo: *Y sin responderle cosa [se adivina su genio vivo] me recogí al Santísimo Sacramento* (Jarque, 1900, I, p. 212). Él sabía quién era el más fuerte. Y luego mudó de parecer. Salió con la suya otra vez. Se dirigió, pues, definitivamente al soñado destino. *Partimos juntos el P. Antonio de Moranta y yo* (Jarque, 1900, I, p. 212).

La descripción del camino que tomaban los misioneros está en las páginas de la *Conquista Espiritual del Paraguay*⁴ relatando hazañas de sus predecesores:

48 †

Distaba Guairá de la Asunción ciento sesenta leguas caminando al Oriente [...]. [*Hay que tomar*] en este tan prolijo viaje dos embarcaciones: la una desde la ciudad de la Asunción al puerto de Maracayú, de treinta y cuarenta leguas de despoblado, por un enfadoso río y habiendo de llevar la comida necesaria para este tiempo. Desde Maracayú se va por tierra hasta el gran salto de Paraná, que es una de las maravillas que hay en el mundo; en que se gastan seis y ocho días que se andan a pie por pantanos y ásperos caminos y peligrosos ríos; que llenos con las avenidas, dan paso a los caminantes las puntas de los árboles, atando de una en otras algunos palos con unos juncos, que por su facilidad en quebrarse es cosa muy peligrosa. [...] Desde este salto se toma otra embarcación, y caminando el río arriba, a dos leguas estaba la ciudad de Guairá. (Ruiz de Montoya, 1892, pp. 30-31)

4 El nombre completo de este libro es *Conquista Espiritual del Paraguay hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape* (1639) (Nota de los editores).

A estos obstáculos se añadió otro, muy frecuente en la región, la carencia de alimentos:

A la mitad del camino de cuarenta leguas de despoblado, nos faltaron tasajos y harina de palo, que era nuestra provisión. Quedónos algún poco de maíz del cual tomamos un puñado de él cada uno a mediodía, y otro tanto a la noche. Causó esta estrechura una muy penosa enfermedad al Padre [*Moranta*], y como la fama nos avisaba de otras dificultades que nos esperaban adelante, le forzó la necesidad a que del puerto de Maracayú se volviese. (Ruiz de Montoya, 1892, p. 34)

Antonio se enfrentó por primera vez, solo a la selva y a los indígenas. Así iba a estar con frecuencia en los veinticinco años de correrías por el Paraguay. *Recibieronme los indios de este pueblo [Maracayú] con mucho amor [...] Quedéme algunos días en él administrándoles los Sacramentos, y con el continuo curso de hablar y oír la lengua, vine a alcanzar facilidad en ella* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 34). Se anuncia ya el futuro lingüista desde este primer encuentro con los guaraníes. Su curiosidad es múltiple. Todo lo observa y lo analiza. *Estaba fundado ese pueblo en un pequeño campo rodeado de casi inmensos montes de árboles silvestres* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 34) Plantas, alimentos, animales, insectos, costumbres, abusos e injusticias de españoles y portugueses, todo cuanto cae bajo su vista es registrado por una memoria sensible que se desbordará en la *Conquista Espiritual*, transfigurada por su oración que encuentra a *Dios en todas las cosas*, formará parte de su mensaje místico en el *Sílex del divino amor*.

‡ 49

Recepción en el Guairá

Siguió su viaje Antonio con unos indígenas:

A pocas jornadas encontró al P. Joseph Cataldino, Superior de aquella misión, que con las nuevas que ya tenía de que le iban compañeros, salía a recibirlos. [Jarque, 1900, I, p. 215]

Caminaron ocho días por tierra desde Maracayú hasta el Salto del Guairá, donde estaba prevenida la embarcación. Era el camino sobre manera áspero y trabajoso; los peregrinos a pie, ya por pantanos anegadizos con agua, y tarquín a la rodilla, ya por quebradas de montes, ya esguazando ríos, y pasando por praderías llenas de atolladeros. Con esta fatiga llegaron alegres al sobredicho Salto, donde aguardaban las canoas (Jarque, 1900, I, p. 216) y los enjambres de mosquitos que los acompañaron hasta la primera reducción, donde estaba solo el Padre Simón Mazeta. (Jarque, 1900, I, p. 218)

50 †

Quizá en su primera contribución a las cartas anuas del Paraguay, describe Antonio a sus dos nuevos compañeros:

Hallélos pobríssimos de todo lo temporal, pero ricos de contento. Los remiendos de sus vestidos no daban distinción a la materia principal. Tenían los zapatos que habían sacado del Paraguay remendados con pedazos del paño que cortaban de la orilla de sus sotanas. (Ruiz de Montoya, 1892, p. 44)

¿Recordaría entonces su proyecto de viaje a Tierra Firme para comprar media docena de vestidos?

Túveme por dichoso de verme en su compañía. La choza, las alhajas y el sustento decían muy bien con los de los anacoretas; pan, vino y sal no se gustó por muchos años [...] El principal sustento eran patatas, plátanos, raíces de mandioca. (Ruiz de Montoya, 1892, p. 44)

La vida diaria

Para no perdernos en los versículos de esta vida misionera, que llenan las páginas de la *Conquista Espiritual*, entresacaremos algunos momentos cruciales de la obra de Antonio. Fervor misionero y civilizador con raíces místicas y algo de travesura, la audacia y la simpatía desbordante de su juventud se unen de manera inextricable en esta rica personalidad. El Padre Mazeta lo adivinó desde su ingreso a la misión:

“Luego que llegó a las reducciones, edificó mucho, y aun admiró a los Padres que en ellas estaban con el tesón y fervor con que comenzó, no solamente a perfeccionarse en la lengua de los indios [...], sino también en todas las virtudes y obras de santidad que ejercitaba. Diose todo a catequizar los adultos, bautizándolos y enseñándoles la doctrina cristiana, confesando y predicando con notable aprovechamiento de sus almas, que amaba mucho en el Señor. Curábalos y sangrábalos en sus dolencias, ayudábalos en sus necesidades con mucha caridad y largueza, quitándolo de la boca para que ellos comiesen. Y así los indios lo amaban y veneraban, y él hacía dellos, aunque fuesen caciques, todo cuanto quería [...]. Era hombre de mucha oración y familiar trato con Dios [...] y en la devoción de Nuestra Señora era cordialísima. (Jarque, 1900, I, p. 236)

‡ 51

Antonio hace una apuesta

En uno de sus varios viajes a Asunción, acompañado por un grupo de indígenas, nos cuenta Antonio: *Pasé la noche que corría sin comer bocado, ni mis compañeros, porque no lo*

había; el agua que corría por tierra me sirvió de cama, y la que caía del cielo de cobija (Ruiz de Montoya, 1892, p. 64). Con semejante hospedaje no es de extrañar que amaneciera: *tullido de una pierna yerta como un palo, y con agudos dolores; animéme a caminar arrimado a una cruz que llevaba en las manos* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 64) Es de imaginar la tortura de esa caminata por trochas de la selva. *Para pasar cualquier palo que hay muchos atravesados por aquel camino, me sentaba sobre él, y con ambas manos pasaba la pierna por él con crueles dolores [...] (es el cielo testigo del insufrible trabajo que padeci)* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 64)

52 †

Resulta increíble escuchar a Antonio en estas circunstancias:

Determiné proseguir mi viaje por tierra, camino de 150 leguas, lleno de indios enemigos [...]; caminé en todo aquel día solo media legua, resistiendo a los indios que porfiaban en llevarme en hombros sobre una hamaca (Ruiz de Montoya, 1892, p. 64)

Hicieron, por fin, un alto, aunque solo *al poner del sol* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 64). Confiesa Antonio su situación ya insostenible:

Tenía la rodilla hinchada, y los nervios como si fueran de hierro; a cualquier movimiento que hacía me metían lanzas [...] juzgué por el más eficaz remedio la oración; encomendeme a mi glorioso Padre San Ignacio [...]; gasté buen rato en esto, porque, aunque era ya bien entrada la noche, no me dejaban dormir los dolores; apenas con el cansancio quedé adormecido un poco, cuando sentí a mis pies a San Ignacio, el cual tocándome el pie me dijo:

“Prosigue tu viaje, que ya estás sano”. Al punto desperté (y no sé si dormía), tenté la pierna, y halléla sana; dobléla, no sentí dolor, levantéme, paseéme, di patadas con el pie que había estado tullido y me hallé totalmente bueno y sano y alentado, sin cansancio alguno. (Ruiz de Montoya, 1892, pp. 64-65)

Cuando a la mañana siguiente preparaban los indígenas una camilla para transportarlo en hombros, les hizo Antonio una propuesta inesperada: *díjeles que apostásemos a caminar, y yo empecé la apuesta llevándoles muy buen trecho de ventaja, con espanto suyo que no sabían cuán buen médico me había curado* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 65).

‡ 53

Una tregua frágil

No bien llegó Antonio de su viaje a Asunción, le tocó partir donde el Padre Cataldino, superior de las dos reducciones, para hacer en el colegio de la misma ciudad sus votos solemnes en el Día de Todos los Santos; de allí tuvo que seguir viaje a Córdoba para participar como vocal en la segunda congregación provincial. El rector del colegio, Marciel de Lorenzana, nombró superior, en lugar de Cataldino, a Antonio. Pidió este, por humildad, en carta de 7 de agosto de 1613, que se le liberase del cargo pero no lo consiguió. El mismo día, previendo quizás los intentos de Antonio, escribía el Padre Mazeta al Provincial grandes alabanzas de los dos nuevos misioneros del Guairá: *El Padre Martín Javier y el Padre Antonio son unos Demóstenes en la lengua; predicán, confiesan, catequizan, y todo lo hacen bien, gracias a Dios*. Y añade una frase que parece extraída de la historia primitiva de la Iglesia: *porque en pasando de Maracayú, hacia estos indios, su Divina*

Magestad les da don de lenguas a los que se emplean en esta nueva viña (Lozano, 1755, II, p. 624).

Quedaron Mazeta y Martín Urtasun en San Ignacio y Antonio en Loreto. Una de las primeras acciones del flamante superior, fruto de su gran don de gentes, fue ganarse a los guaireños, vecinos de Ciudad Real, y conseguir de ellos la promesa de no abusar de los indios. Obtuvo también que restituyesen amigablemente a los indios robados y que le descubriesen el fallido intento de llevar a mano armada a los que quedaban libres en las reducciones para sus haciendas.

54 †

Es verdad que fue solo una tregua; *benevolencia interina* la llama el historiador jesuita Pedro Lozano. La aprovechó Antonio para terminar el *Arte de la lengua guaraní*, con la ayuda del capitán Bartolomé de Escobar, gran conocedor de la misma, y que había asesorado a fray Luis de Bolaños en la redacción del primer catecismo. La obra lingüística de Antonio fue de mucho provecho: *en ese arte han estudiado siempre nuestros misioneros* (Lozano, 1755, II, p. 624).

Planearon también entonces los Padres levantar iglesias en las dos reducciones, que reemplazaran las humildes chozas de los primeros años. Fue Antonio a Ciudad Real en busca de “oficiales” españoles o indios para dirigir las obras.

Entre tanto habían surgido nuevos problemas en esa ciudad. El General Francisco de Santa Cruz, gobernador interino de Paraguay, había enviado al capitán Juan Resquín como juez para investigar si los vecinos continuaban las malocas o cacerías de indios para el llamado *servicio personal*, en realidad una manera de esclavitud. Una muestra de lo mal elegido que era el capitán es que, desde Jerez, fue cazando indios para su servicio.

Iba lanzando amenazas por el camino contra los justicias⁵ de Ciudad Real, afirmando que los arrojaría a la cárcel. Se alborotaron los amenazados y decidieron impedirle el paso o aún darle muerte y huir a Sao Paulo, si era preciso. Cuando se preparaba el enfrentamiento, llegó casualmente Antonio a Ciudad Real. Hizo entrar en razón a los justicias y estos se comprometieron a usar solo recursos legales. Antonio confiaba en que Resquín, ante la difícil situación, no se atrevería a realizar las pesquisas proyectadas. El General Santa Cruz, por su parte, comprobaría entre tanto que no era ese el medio de resolver los agudos problemas de la ciudad.

A pesar de la acertada gestión de Antonio apaciguando los ánimos, no fue tan bien recibido por los vecinos como esperaba. Al plantearles el proyecto que lo había traído a Ciudad Real —conseguir apoyo para construir las iglesias en las reducciones— se levantó una oposición inesperada. Para los jefes guaireños el proyecto daba arraigo a las reducciones y en corto plazo su traslado a las inmediaciones de Ciudad Real, lo que les iba a quitar mano de obra indígena para trabajar en sus haciendas. Disuadieron a los oficiales de aceptar el trabajo que les ofrecía Antonio. Solo dos carpinteros españoles, seducidos por el sueldo, se atrevieron a encarar el disgusto de los vecinos.

‡ 55

5 Los justicias eran los alcaldes locales cuyas funciones no se limitaban a la policía y administración pues también ejercían el ramo de la justicia en el fuero civil y el criminal. Tenían autoridad para sentenciar en primera instancia los pleitos, para encarcelar a los reos e imponerles ciertas penas. Debían cumplir la ley que obligaba a la población trabajar en sus propias haciendas, labranza u oficios, para así evitar que fuesen holgazanes y vagos. (Nota del autor).

Antonio se vio precisado, una vez más, a ejercer a base de ingenio y empeño, un nuevo oficio, el de constructor de iglesias. Al mismo tiempo, dada la escasez frecuente de vino, plantó un viñedo, *al cual echó Dios su bendición copiosa, que dentro de dos años, dio vino para las Misas y para la curación de los enfermos* (Lozano, 1755, II, p. 722)

Todo esto no impedía sus tareas ordinarias de sacerdote celoso en catequizar, y bautizar infieles, *en instruir a los cristianos, oír sus confesiones y atender a los progresos espirituales de sus almas.*⁶

Simón Mazeta da testimonio de la continua presencia de Dios en que se mantenía:

56 †

aun cuando estaba actualmente ocupado en ministerios que piden toda la atención y no permiten divertirla a otra cosa, por muy espiritual y santa que sea, como es la confesión y enseñanza a los infieles de los misterios de la fe. (Jarque, 1900, I, p. 238)

Usaba técnicas originales para conservar el recogimiento en medio de sus actividades apostólicas, según refiere Mazeta:

Cuando confesaba en la iglesia, hacía composición de lugar, formando en su imaginación un angosto círculo, dentro del cual solo cabían el confesor y el penitente, del cual no traspasaba la vista sin necesidad, y mientras iba un penitente” [...] y venía otro, procuraba hacer varios actos de virtudes, de que experimentó muy buenos efectos para sí y para los penitentes. Representábasele vivamente

6 Rouillon no precisa la fuente. Probablemente extraída del libro *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, de Pedro Lozano (1755) (Nota de los editores).

el Salvador del Mundo, que obraba en aquellas almas maravillosas mudanzas, por los méritos de su Santísima Pasión (Jarque, 1900, I, pp. 238-239)

Cuando entraba en la iglesia al catecismo de los indios, consideraba en ella tantos ángeles como personas y se encomendaba al de su guarda, a los siete príncipes de la Milicia celestial y al santo de aquel día, con ternísima devoción. Con esto hallaba en su entendimiento clara la inteligencia de lo que había que enseñar, la memoria pronta y rica de ejemplos proporcionados a la capacidad de los oyentes, y encendida la voluntad. Hizo firme propósito de no subir al púlpito, sin hacer algún acto de mortificación en orden a vencer el apetito de la propia estimación y enfrenar el deseo de ser alabado y aplaudido y le suplicaba a Nuestro Señor que le añudase la lengua, si había de decir algo que no cediese en gloria suya y utilidad del auditorio. Con esta previa disposición predicaba y enseñaba la doctrina, y solía decir que de esta suerte le salían del pecho las palabras encendidas y con fuerza particular penetraban su corazón y pasaban a herir los de los oyentes. (Jarque, 1900, I, pp. 239-240)

‡ 57

Los tres misioneros pasaban gran parte de la noche en la iglesia en oración. A este fervor unía Antonio extremadas penitencias, que sus superiores se vieron precisados a frenar. Así escribe Diego de Torres, el 19 de marzo de 1613, a Diego de Boroa, superior de todas las reducciones:

He entendido que el Padre Ruiz hace muchas penitencias en el dormir, cilicios y disciplinas. Vuestra reverencia le vaya a la mano en lo que juzgare que conviene, ordenándole

que en esto tenga por Superior al compañero: que pues su salud es de tanta importancia, es menester mirar por ella. (Lozano, 1755, p. 722)

Para oponerse a tentaciones contra la castidad que lo atormentaban, al no bastarle con los medios habituales, se arrojó desnudo sobre un hormiguero y soportó las picaduras hasta derramar sangre. No eran hormigas de tamaño normal, pues en el Paraguay hay hormigas cuatro veces mayores que las europeas y su mordedura produce un dolor intolerable.

58 †

Dijo Antonio, como respuesta a los escrúpulos *de haberse puesto a morir*, con la consideración *la castidad es prenda de incalculable mérito, que debe conservarse a todo trance* (Del Techo, V, 1897, p. 371). No fue otro el proceder de San Francisco de Asís revolcándose entre espinos y de San Bernardo metiéndose en estanque de agua helada.

Eran tantas las ansias de padecer por Cristo, expresadas en las palabras de Santa Teresa, repetidas muchas veces por él: *aut pati, aut mori* (o padecer o morir), que el Señor le concedió una terrible gracia, la de padecer durante un año los tormentos de la agonía sin consuelo alguno. Vino a enflaquecer tanto *que parecía [...] una viva imagen de un hombre difunto* [Jarque, 1900, II, p. 100].

El impacto de la figura ascética y ferviente de Antonio en los guaraníes fue tal que le pusieron el nombre de *Sol resplandeciente* y *Tupá Eté* [verdadero Dios].

El excesivo trabajo derribó a Antonio en una de sus correrías, vencido por la fiebre. Los indígenas que lo acompañaban lo abandonaron en la selva.

Un noche pensé ser ya la última, y así, tomando en las manos un pequeño crucifijo, que tenía al cuello, poniéndome en sus manos, le entregaba el alma con harto consuelo y júbilo de alegría, por verme morir en tan humano desamparo. (Ruiz de Montoya, 1892, p. 68)

Pero una voz interior le dijo que pronto sanaría y así fue, *sin médicos, sin medicinas, sin regalo* (Jarque, 1900, I, p. 271). A la llegada del Padre Mazeta, enterado de la gravedad del mal, ya era manifiesta la mejoría.

Excomulgado

El jesuita Diego González Holguín⁷, que había sido elegido comisario de la Inquisición en el Paraguay, fue enseguida objeto de intrigas. Consiguieron sus enemigos que se nombrara un juez, el Licenciado Trejo de Buenos Aires, para investigar su gestión. Holguín había encomendado a Antonio una investigación sobre las personas sospechosas de herejía que se infiltraban desde el Brasil. El legajo en que daba cuenta Antonio de sus pesquisas lo confió a un viajero español pero este, en vez de llevarlo a Asunción, se escapó hacia Sao Paulo. Como las diligencias de Antonio habían sido muy públicas, en la visita del Licenciado Trejo se advirtió la falta del expediente. No perdieron la ocasión los enemigos de las reducciones para levantar sospechas contra un segundo jesuita.

‡ 59

7 Diego González de Holguín, SJ (1552-1618) fue un misionero y gramático español, autor de la *Gramática y arte nueva de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua Quichua* (1607) y *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú* (1608).

El visitador General de la Sede vacante de Asunción, el canónigo Francisco Resquín, conocido opositor de los jesuitas, recibió la comisión de proceder contra Antonio. Al día siguiente de su llegada a Loreto, ordenó a Antonio, bajo pena de excomunión, que entregara los documentos perdidos. No aceptó ninguna explicación. Al cuarto de hora lo excomulgó y fijó el acta en la puerta de la iglesia, ante el desconcierto de los indígenas. Le ordenó partir hacia Asunción en el plazo perentorio de cuatro horas, a rendir cuentas ante el Licenciado Trejo. Antonio no pudo obtener que Resquín le levantara la excomunión. No están de acuerdo los autores si el canónigo tenía autoridad para excomulgar. En todo caso, Antonio se sometió.

60 †

Divulgó el Visitador entre los indios la noticia de que desterraba excomulgado a Antonio y que lo haría reemplazar por clérigos. Convencidos los indios de Loreto por este testimonio de la autoridad eclesiástica, perdieron la confianza de los jesuitas. Algunos se fueron a Villa Rica, otros al Paraná, otros a los bosques. Los pocos que quedaron perdieron las costumbres religiosas. La escuela de niños fue abandonada.

Miguel Atiguayé, cacique principal de la vecina reducción de San Ignacio, mostró una fidelidad a toda prueba, ofreciéndose a acompañar con cincuenta vasallos a Antonio en su destierro. En la ruta hacia Asunción, un sacerdote del séquito negó el alimento a Atiguayé y sus vasallos. Recibieron, en cambio, ayuda de los indígenas en los pueblos por los que pasaban.

Antonio padecía con serenidad y alegría las incomodidades del camino y los maltratos de Resquín y su gente. Dedicaba los ratos disponibles para instruir a los indios de la comitiva, a visitar a los enfermos y a catequizar a muchos.

Estaban ya cerca de Asunción cuando apareció el expediente perdido. El irresponsable intermediario había enfermado gravemente en su fuga hacia Sao Paulo. Antes de morir, había enviado por un seguro conducto los documentos a su destino.

Desenmascarando a los hechiceros

En una reducción no prosperaba la fe. Mientras toda la semana estaba *hirviendo el pueblo de gente* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 115), los domingos desaparecían todos. Solo una paciente y larga indagación de los misioneros les permitió conocer la causa: *En tres cerros había tres cuerpos de muertos, que hablaban y habían avisado a los indios que no oyesen la predicación de los Padres [...] Había voz común de que habían resucitado* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 115).

† 61

Cinco misioneros decidieron investigar el hecho. Uno, el padre Casaldino, se quedaría en la reducción, dos, el P. Francisco Díaz Taño y José Domenech, a la una de la noche a un cerro, vecino del pueblo, mientras otros dos, el P. Cristóbal de Mendoza y Antonio irían en busca de los otros dos santuarios.

Los primeros llegaron *por una muy agria sierra* al templo en que eran honrados

aquellos secos huesos [...] colgado de dos palos de una red o hamaca, las cuerdas de ella estaban muy bien guarnecidas de muy vistosa y variada plumería, cubrían la hamaca unos preciosos paños de pintadas plumas [...] Recogieron los Padres sus plumas y arreos, y con todo silencio los llevaron al pueblo. (Ruiz de Montoya, 1892, pp. 116-117)

Los otros dos padres tuvieron menos suerte. Caminaron toda la noche. Al día siguiente llegaron a un templo, encontrando solo *colgajos de ofrendas* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 117). Siguieron las huellas más patentes. *Eran ya las dos la tarde sin haber descansado nosotros un punto* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 119). Quiso el señor que a las cinco de la tarde diésemos con ellos. Huyeron casi todos. Dos que pretendieron dar muerte a los misioneros fueron maniatados. *Abrimos las redes, descubrimos unos hediondos huesos [...]* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 119).

Una solemne ceremonia deshizo la creencia de los indígenas en el poder de esos restos humanos que los hechiceros usaban para impedir la difusión del Evangelio.

62 †

Impulsos misioneros

No se dormía Antonio en el éxito alcanzado en las dos primeras reducciones del Guairá. Como anota Oñate en la carta *anua* de 1620, *con su gran fervor y celo no se pudo contener que no fuese a buscar nuevos indios infieles que convertir*.

Advierte Antonio al Provincial que allí cerca abundaban pueblos de infieles *muy dispuestos para el Evangelio y movido de misericordia* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 175), escribe:

No tengo que ofrezca de mi haber sino la poca vida que queda y un muy buen deseo de comenzar a servir a Nuestro Señor y predicar su Evangelio. Mucha lástima dará a V.R., ver que haya por acá tanta gentilidad y tanta facilidad en su conversión y que no haya quien les mueva la piscina, y les eche en ella, lavándoles con el bautismo. Por reverencia de Cristo Nuestro Señor y por el amor que debe V.R. a

nuestro Santo Padre Ignacio, pido con todo el afecto que puedo a V.R. se duela y compadezca de esta miserable gente enviándoles Padres que los libren del infierno; porque en sola V.R. está ahora puesta la esperanza de la salud de estos pobres y es cosa terrible y digna de muy gran consideración que se pierdan tantas almas eternamente en el infierno y que hayan de carecer de ver al sumo bien sin fin.

Deseo sumamente llevar a Jesucristo Nuestro Señor y ese crucificado y crucificándome yo en su cruz. (Ruiz de Montoya, 2001, p. 175)

Reaccionó el Provincial a estas súplicas fervorosas, admitiendo el proyecto de reducir a indios monteses en una tercera reducción, para lo cual *envió un Padre nuevo para que los busquen por los montes. Así tendrá algún cebo y entretenimiento la llama del fuego de la caridad y celo de las almas que arde en los corazones de aquellos Padres tan fervorosos obreros de la Compañía* (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XX, p. 207).

† 63

Antonio profeso y superior

El Padre General Mucio Vitelleschi, informado de las excepcionales cualidades y entrega, así como del profundo conocimiento del guaraní de Antonio y Mazeta, les concedió la profesión de tres votos, como se concedía en zonas de misión a los que dominaban las lenguas indígenas. Antonio se preparó con unos fervorosos ejercicios y la hizo en la iglesia de Loreto el 2 de febrero de 1620, día de la Purificación de la Virgen.

El Provincial Pedro de Oñate pidió al superior de las migraciones del Guairá, Padre Cataldino, que enviase un

misionero a Asunción para que le presentara los asuntos y proyectos de la región. Fue otra vez elegido Antonio. Viajó con dieciséis niños cantores y su maestro de capilla.

Uno de los recursos más eficaces para la educación de los indígenas fue la música. Se dice que el Padre Nóbrega, gran misionero del Brasil, había afirmado: *Denme una orquesta de música y convierto a todos los indios. El Padre Juan Vaseo* [forma castellanizada de Vaisseau], *flamenco de nación, puso la música en maravilloso punto entre los indios* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 82).

64 †

Pero cuando llegó Antonio con su coro de indígenas a Asunción ya había partido el Provincial a Buenos Aires a recibir una expedición de misioneros que traía de España al Padre Vázquez Trujillo. Se encontró Antonio con una orden del Padre Oñate de *que siguiese sus pasos hasta darle alcance* (Jarque, 1900, II, p. 10). Obedeció con presteza y dio con él en la ciudad de Corrientes.

Quedó profundamente impresionado el provincial por la personalidad y virtud de Antonio y por la maestría del coro de niños indios, que parecían elegidos *de varias capillas de Europa* (Jarque, 1900, II, p. 11). Se le ocurrió ofrecer a la expedición de misioneros, a cuyo encuentro iba, esa demostración tan fina de los logros culturales de las reducciones. Empezó entonces Antonio, con el coro, otras doscientas leguas más de viaje hasta Buenos Aires.

El Provincial, *bajando a Buenos Aires* (Jarque, 1900, II, p. 19), lo nombró superior de las reducciones del Guairá, como sucesor de Cataldino, que llevaba once años en el cargo.

Probablemente la profesión concedida era un paso previo para el nombramiento. Antonio se desconcertó: *Turbóse y desconsolóse mucho, y creyó que era, o burla para mortificarlo o equivocación, y quiso preguntar si acaso hablaba con otro; pero presto entendió que no [...] acudió a consolarse al Santísimo Sacramento* (Jarque, 1900, II, p. 19). Allí entendió que debía aceptar el cargo sin réplica.

Quizá la elección del Provincial formaba parte de un proyecto de expansión de las misiones del Guairá. El entusiasmo juvenil de Antonio podía inyectar una nueva vitalidad a la obra creada por Cataldino y Mazeta. De hecho se iba a iniciar una larga serie de fundaciones en la región. Afianzadas las dos primeras reducciones del Pirapó: Loreto y San Ignacio, y dominada la estrategia misionera, parecía llegada la hora de avanzar hacia el este ganando nuevas tribus indígenas, estableciendo una cadena de centros poblados por todo el Guairá.

‡ 65

En Buenos Aires el coro inusitado de niños indígenas ofreció un concierto en homenaje a la lúcida expedición de jesuitas, *venidos de casi todas las provincias de Europa*, (Jarque, 1900, II, p. 13) entre ellos Díaz Taño, que sería una de las grandes figuras del Paraguay y gran amigo de Antonio. Fueron invitadas las personalidades de la ciudad, presididas por el obispo, Fray Pedro de Carranza, y el gobernador, Don Diego de Góngora. Furlong precisa que el acto se realizó con gran concurso de gente delante del colegio de los jesuitas, en lo que ahora es *la Plaza de Mayo frente al Banco de la Nación, en la quinta de las calles Rivadavia y Defensa* (Ruiz de Montoya, 1964, p. 17).

Se detuvo Antonio en Buenos Aires toda la cuaresma y partió hacia el Guairá con el coro de niños, más un nuevo misionero,

Bernardino Tello, una hermosa imagen de Nuestra Señora de Loreto y muchas alhajas para las iglesias.

66 †

Tuvo una dolorosa experiencia en el viaje. Al pasar la alegre comitiva por Asunción, encontró a la población diezmada por una terrible epidemia de viruelas. Varios niños del coro se contagiaron. Dos murieron en pocos días. Por salvar los restantes y a sus compañeros, siguió Antonio su ruta apresuradamente, separando en una canoa a los tocados por el mal. Pero ya era tarde; murieron otros cuatro. Los acompañaba por el río el canto lúgubre de los sapos, anuncio de muerte para los guaraní. Aún los indios cristianos eran sensibles en situaciones extremas a esa creencia. Los hechos parecieron confirmarla. Se complicaron las viruelas con otro mal frecuente, el tabardillo. Cayeron otros diez cantores ante la impotencia de los misioneros. Imaginamos la situación tan penosa en que se encontrarían ante las familias de los niños, todas de los caciques principales.

La crónica ha conservado otra anécdota típica del viaje. El maestro de capilla divisó un cedro, apto para fabricar una canoa y fue por él, conviniendo que los alcanzaría por tierra en un recodo del río. Pero al llegar a ese punto no hallaron rastro de él. Se internaron dos en la selva en su busca, mientras Antonio pedía socorro a Nuestra Señora de Loreto, cuya imagen, como dijimos, transportaban. *Cuando ya lo juzgaban comido de las fieras, apareció, pero tan flaco y rendido, que su mismo semblante daba cuenta del riesgo en que se había visto* (Jarque, 1900, II, p. 24).

Se había encontrado con un otorongo hambriento. Se refugió en lo alto de un árbol, pero de nada le sirvió. La fiera trepo tras

él. Entonces en su angustia le vino a la memoria una tradición de los indios ancianos, que en esos casos el único recurso era orinar en los ojos del otorongo. *El mismo miedo le hizo más socorrida la defensa* (Jarque, 1900, II, p. 25). Comprobó enseguida la eficacia del recurso. El otorongo huyó, *como si le siguieran muchos lebreles y monteros* (Jarque, 1900, II, p. 25).

Por trochas de la selva

Un nuevo provincial, Mastrilli Durán, animó a Antonio a entrar en la provincia del Tucutí, situada entre Ybitirembeta y Guaray, cerca de los ríos Hubay y Tibajiba. Pretendía así ganar muchos indios y asegurar el paso por tierra, con una reducción intermedia, entre Loreto y San Ignacio, la de San José, por un lado, y San Javier en Ybitirembeta, porque la ruta fluvial directa por el Tibajiba era muy peligrosa en tiempo de lluvias. Cuenta Antonio al provincial lo acaecido.

Partió con Mazeta y Díaz Taño por mayo de 1625 el Paraná arriba hasta la desembocadura del Tibajiba. Allí saltaron a tierra Antonio y Mazeta, mientras Díaz Taño surcaba el Tibajiba hacia San Javier.

Antonio y Mazeta enviaron mensajeros a explorar la zona. Un cacique principal les envió como guías a su hijo y varios vasallos. Siguieron adelante, pero no había *camino alguno* (Jarque, 1900, II, p. 116). Solo servían de rastro las ramas tronchadas expofeso por los que los precedían (sistema usual entre los indios); *según estuviera más o menos fresca la quiebra, se conocía cuánto antes pasaron por allí* (Jarque, 1900, II, p. 117).

A veces era *el monte tan espeso* (Jarque, 1900, II, p. 117) que tardaban tres o cuatro horas para avanzar cien metros. No las

tenían todas consigo; había quien temía que iban a una trampa tendida por el cacique.

Llegamos a una ranchería donde no había gente ninguna, con que se acrecentó el temor. El día siguiente salimos de ella maltratados con llagas del mal camino, y a poco trecho encontramos el cacique cuyo hijo llevábamos, el cual nos recibió con muestras de amor. Nos guio a su pueblo por un camino que no puede tener nombre de tal, por ser tan cerrado de monte, cuestras y arroyones hondos. (Ruiz de Montoya, 2001, p. 179)

68 †

Llegaron así a un intrincado punto de la selva: *bajamos a una profundidad que se me figuró el Limbo* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 179); y le propuso establecerse allí; dice Antonio, en frase que pide signos de admiración, *allí me quería hacer él fundar el pueblo* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 179). Prudentemente sugirió al cacique que *no se podía vivir en aquel lugar porque no había por dónde respirar* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 179).

Esta angustia de Antonio ;sería un resto del hombre occidental, que no terminaba de morir en él, acostumbrado al espacio abierto de la ciudad de Lima en forma cuadrangular, de calles rectas y amplias plazas, y que, quizá sin plena conciencia, se oponía a la cultura silvestre de los guaraníes, hecha a la maraña y a la penumbra húmeda de los bosques tropicales? Ciertamente se advierte un suspiro de alivio en la frase siguiente: *Al fin, buscamos un puesto y le hallamos a su gusto al pie de un riachuelo que sale al Tibajiva, por el cual será fácil la comunicación con la reducción de San Francisco Javier.* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 179)

No creo que sea muy exacta la afirmación de que el lugar elegido era a gusto del cacique. Quizá sería mejor decir que este se rindió a los motivos de Antonio. El sitio sería seguramente abierto, donde se pudiera respirar, con agua al lado y con fácil comunicación. Era el comienzo de la reducción de San José en el año 1626.

Elegido el sitio, hubo que tranquilizar a *los caciques de las tierras vecinas*, que acudieron *con algún recelo de que los habíamos de sacar de allí a las reducciones antiguas* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 179).

Nada mejor para tranquilizarlos que poner una fragua en el puesto elegido.

Quedó el Padre Simón *para que los comenzase a instruir* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 179) y no los dejase hasta haberlos reducido. Como siempre, los sueños de Antonio se abrían más allá de lo que era la ventaja inmediata: servir de nexo entre San Javier y las primeras reducciones; él avizoraba ya la futura cadena de pueblos que continuarán la penetración hacia el oriente: *Es esta reducción muy importante para el comercio dicho con la de S. Francisco Javier y Nuestra Señora de la Encarnación, Tayaova y las demás, que siendo el Señor servido podrá tener la Compañía* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 179).

No terminaban en esa nueva fundación los afanes de Antonio. Ya había asegurado el camino, si podemos darle este nombre, entre las dos reducciones antiguas, Loreto y San Ignacio, y la nueva de San José, ahora faltaba encontrar otro no menos difícil: *el camino a San Javier, y aunque hice harto por hallar quien supiese alguno, no le pude hallar* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 180). Solo un cacique le ofreció llevarlo a un sitio

donde en otro tiempo solía cazar, *diciendo que hasta allí sabía y no más* y de allí se *volvería* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 180). Audazmente aceptó el misionero esta única propuesta, *fiado en la Providencia, la cual manifestamente experimenté* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 180).

El primer día caminamos por un sendero que lo más de él fuimos agachados y a gatas, porque además del monte tan cerrado había muy buenas cuestas (Ruiz de Montoya, 2001, p. 180). Al segundo día perdimos el camino y el guía el tino. Era menester subir a cada paso a árboles muy altos para *divisar algo que nos guiase* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 180).

70 †

Cogióme la vigilia de Santiago en una espesura del monte que, mirando de un cerro muy alto, parecía un mar inmenso, que si fuera de agua me diera harto consuelo el verla por la falta que en ese camino hubo de ella. (Ruiz de Montoya, 2001, p. 180)

También faltó la mandioca y hubo que *ayunar a solos palmitos*.

Son estos los cogollos de los troncos de las plantas que las hay altísimas y derribándolas a tierra les cortan aquellos remates que son blandos y tiernos, y sirven de sustento a falta de otro mejor. (Ruiz de Montoya, 2001, p. 180)

Cuatro días estuvo Antonio sin decir misa por carecer de agua. Al siguiente

proveyó la divina liberalidad de unos palos muy gruesos que allí hallamos que llaman Icipó, los cuales cortados destila cada uno para dos personas agua muy fría y gustosa. (Ruiz de Montoya, 2001, pp. 180-181)

La senda que abrían trabajosamente los indios solo daba paso a una persona,

aunque con detrimento del vestido que se me iba quedando, los pedazos de él. Y descalzado por los ganchos y maleza del monte. Los machetes perdieron los aceros y lo peor los indios las manos por tenerlas ensangrentadas y heridas de unas cañas que cortan como navajas en abriéndolas. (Ruiz de Montoya, 2001, p. 181)

Los golpes y las garrapatas llagaban las piernas del misionero, hasta el extremo de que *entendí me impedirían pasar adelante*. Pero Antonio se consuela porque gracias a esas heridas podía tener *memoria de las de Jesucristo, cuyo dolor saborean los que por su amor acá se pasan* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 181).

† 71

Al fin el guía perdió totalmente el rumbo. Antonio recurrió a la oración:

Recé con los indios como se hace todas las noches y, con el silencio de ella oímos un ruido de agua; cobraron los indios algún aliento y yo particular gusto, por poder llegar al día siguiente al agua para decir misa, que por ser sábado lo deseaba en extremo. [...] Por la mañana tomamos nuestra derrota al ruido del agua, y con no haber más de media legua de distancia, como se vio después, tardamos un día entero. (Ruiz de Montoya, 2001, p. 181)

Reconocieron el río Tepotiata. *Para alivio del trabajo pasado me dijo el cacique: “Padre, ya hemos llegado al río, yo no sé otro camino y así me quiero volver mañana a dar orden al pueblo”* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 181). La reacción de Antonio al saberse abandonado en medio de la selva, lo pinta de cuerpo entero:

Recogióse mi corazón singularmente por verme puesto del todo en las manos del que es padre de los pobres y consuelo de los afligidos. Le agradecí al indio con muy buen rostro el beneficio que me había hecho prometiéndole de parte de Nuestro Señor que Él se lo pagaría. Yo me recogí a la fuente de misericordia, y a ponerme en sus manos rumiando con más fervor el nombre de Padre, que fue el punto primero y último de mi oración en este viaje, y certifico a V.R. que saltaba de contento por verme desamparado de todo humano socorro y bien favorecido del Divino. (Ruiz de Montoya, 2001, p. 181)

72 †

El abandono de Antonio en las manos de Dios no se vio defraudado: *Bajando pues hacia el río, acaso tocó uno de los que conmigo iban una bocina, y al punto sonó de la otra banda algo lejos otra de la gente que venía de San Javier a recibirme* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 181).

Se sumergió de nuevo Antonio en oración ante tan rápida respuesta del Señor:

Quedé suspenso considerando la providencia de tan amoroso Padre, despeluzáronseme los cabellos y no pude tener las lágrimas de los ojos ni dejar de decir con San Pedro: *Domine, exi a me quia homo peccatur sum* [Señor, apártate de mí porque soy un hombre pecador]. (Ruiz de Montoya, 2001, p. 181)

En la otra ribera se encontró con los de San Javier. Hacía quince días que habían partido *y todo este tiempo lo gastaron en hacer el camino de un solo día* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 181). Le dijeron que de no oír la bocina hubieran optado por seguir

río arriba *a otro puesto bien apartado*, mientras que Antonio proyectaba tomar río abajo. *Nuestro Señor concertó estos extremos con el medio de su misericordia* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 181).

En día y medio llegaron a la reducción de San Javier, atendida por el Padre Cristóbal de Mendoza. Ya había llegado el Padre Díaz Taño.

Ambos estaban con mucho cuidado porque había yo de haber llegado antes por tierra que el Padre Francisco [Díaz Taño] por el río. Temían me hubiesen comido los indios, mas al fin viéndonos todos tres en salvo nos consolamos *in Domino* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 182).

† 73

Quedó deslumbrado Antonio de los progresos de San Javier, obra del Padre Cristóbal, que es grande en todo. Se decidió, por eso, a colocar allí el Santísimo Sacramento *para que con tan buen vecino vaya en mucho aumento* (Artigas, 2001, p. 182). Se hizo solemnemente en la fiesta de San Ignacio, *con procesión, misa y sermón, juegos, danzas [...] y convite general* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 182).

Atento siempre a la relación de unas regiones con otras, anota Antonio que San Javier *está situado en un campo donde comienza la nación de los que llamamos camperos* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 182).

Apetito de carne de sacerdotes

Una y otra vez penetraba Antonio en territorios dominados por tribus belicosas, como la provincia de Tayaoba, nombre de la región y del gran cacique que la dominaba. *Tenía esta provincia casi infinita gente, y con las costumbres gentiles muy*

en su observancia, muy guerrera, y en comer carne humana muy ejercitada (Ruiz de Montoya, 1892, p. 122).

Los testimonios de contemporáneos son unánimes. Los guaraníes

nunca se ven hartos de carne humana, y a los mismos niños, como a cachorros de tigres y leones, destetan con ella. Es entre ellos tan usual el alimento de carne humana, como entre nosotros la vaca o carnero. De manera que los caciques se comen a sus mismos vasallos cuando no tienen a mano extraños o enemigos, y no hay entre ellos más motivo para hacer a los vecinos guerra, que el interés de sustentarse y deliciarse con sus carnes. (Jarque, 1900, II, pp. 189-190)

74 †

Llegó Antonio a una aldea importante de la región, acompañado por un pequeño grupo de indígenas fieles.

Dieron muestras de recibirme bien, pero fingidas, porque dando aviso de mi llegada, toda aquella noche fue desgalgando gente de aquellas sierras, con ánimo de comerme [...]. Tenían deseo (como después supe) de probar carne de un sacerdote que juzgaban era diferente y más gustosa que las demás. (Ruiz de Montoya, 1892, p. 123)

Advirtió el oído de Antonio, afinado en la selva, lo que se preparaba: *Tuve a mala señal un ruido tan disimulado y así se me pasó la noche en prepararme para cualquier suceso* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 123). Esto significa en la pluma de Antonio ponerse en las manos de Dios. Al amanecer, viéndolo arrodillado en oración, fueron entrando sigilosamente

hechiceros y caciques a la choza y se fueron sentando en torno al misionero. ¿Advertían estos indios el clima sobrenatural que envolvía al misionero? Creyó este llegado el momento oportuno para hablarles del motivo de su visita. Pero pronto

me atajó uno de ellos, diciendo a voces, “éste, miente”, repitiendo muchas veces, “miente, matémosle”, y respondiendo los otros lo mismo, salieron corriendo a buscar sus armas, que de propósito, por no causar recelo, las habían dejado escondidas. (Ruiz de Montoya, 1892, p. 124)

Antonio se sintió al borde del martirio: *Quedé con la mano sabrosa (como se dice) por haber dado a queste pregón del Evangelio a aquellos bárbaros, y sin menearme del puesto los estuve esperando* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 124). No sabemos si el humor de Antonio alude en el dicho sobre la *mano sabrosa* al apetito de carne de sacerdotes que tenían los selváticos. Solo ante los ruegos cada vez más apremiantes de uno de los indígenas fieles que lo acompañaban, aceptó escapar de la choza. *Apenas salimos, cuando empezamos a sentir flechas que nos venían tirando. Cayeron a mis lados siete de mis compañeros, muertos a flechazos* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 125). El mismo indígena que lo hizo salir de la choza tuvo una iniciativa audaz:

Sin hablarme palabra, me quitó por detrás mi sobrerropa, con la presteza que trance tan peligroso pedía, y mi sombrero juntamente, y diciendo a otro indio “meted al Padre al monte”, él se puso mi sobrerropa y mi sombrero y corriendo por un campo solo a vista de los enemigos, me dio tiempo y lugar para que yo me guareciese del bosque, que era muy espeso. Oí decir a los gentiles viendo a mi

buen indio con mi sombrero y mi ropa, “allí va el sacerdote, tiradle, matémosle”. (Ruiz de Montoya, 1892, p. 125.)

Antonio y sus compañeros huyeron, divididos en grupos pequeños y en rutas casi paralelas (ardid usado en semejantes aprietos), hasta que dieron con

un acequión o pasadizo y hozadero de jabalíes metido bien en la tierra, hecho un lodazal continuo, y tan cubierto y disimulado con unos espinosos juncos [...]. Arrojámonos por él, cuya estrechura apenas daba lugar a que uno tras otro pasásemos; el altor era menos, porque yendo a gatas metiendo rodillas y brazos en el cieno hediondo, nos era fuerza llevar por él arrastrando el rostro, pena de que en levantando un poco la cabeza topaba luego con las agudas espinas de los juncos [...]. Salimos como suelen salir los jabalíes del cieno, y yo saqué la cabeza [...] corriendo la sangre por el rostro, que con lágrimas de sus ojos me limpió uno de mis compañeros (Ruiz de Montoya, 1892, p. 125).

76 †

Se reunió con ellos el indígena que llevaba la ropa de Antonio y en canoas que los esperaban pudieron huir de sus enemigos.

Pero no creamos que esta experiencia acobardó a Antonio. *La codicia de ganar tantas almas para el cielo le hacía olvidar estos trabajos* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 128). Nada mejor que llegar al gran cacique Tayaoba. *Quiso Dios que mi deseo se cumpliera*. Ganó el corazón del poderoso cacique. El encuentro cordial entre esas dos grandes figuras de la historia paraguaya marca uno de los momentos más solemnes de la vida de Antonio. Pero la agresividad de los hechiceros consiguió frustrar de nuevo el intento de ganar a los indígenas de la región.

Tayaoba y parte de su comitiva pidieron el bautismo antes de la refriega con los agresores. Nueva fuga a través del bosque cerrado, aunque perdiendo parte de sus compañeros asaeteados o prisioneros, como el niño que hacía de sacristán. Así fue el fin de la segunda empresa.

Intervención española

Súpose en un pueblo de españoles llamado Villa Rica, que dos veces me habían rechazado los indios de la provincia de Tayaoba, y juzgando por poderosas sus armas para vengar tal desacato, y de camino salir cargados de indias y muchachos para su servicio, que es el común interés de estas entradas, se apercebieron para la jornada (Ruiz de Montoya, 1892, p. 133).

† 77

Sabían, tanto Antonio como los indios amigos, las intenciones torcidas de los españoles y el riesgo, por otra parte, de entrar en son de guerra a territorios controlados por los hechiceros. Trataron de disuadirlos, pero ya eran muchas las ilusiones que los españoles se habían hecho. *Viendo que persistían en su intento, jurídicamente pedí a la justicia que no entrasen, porque tenía por cierto que ninguno saldría con vida* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 134).

Pero todo fue inútil. Optaron Antonio, un compañero jesuita, el Padre Diego de Salazar, y un grupo de indios amigos por acompañar a los invasores

para defender de sus manos una partida de gente que se me había entregado, y por cuyo medio pensaba yo conquistar lo demás. Estaban ya de paz, y sin duda no atacarían a los españoles, y ellos los capturarían y llevarían presos, y aun

para justificar su negocio ahorcarían algunos (Ruiz de Montoya, 1892, p. 134).

Triste realidad que habían comprobado muchas veces los misioneros. Pronto se encontró la tropa española cercada por fuerzas superiores e invisibles. Pensaron huir, pero entendieron que serían diezmados en los pasos peligrosos. Decidieron hacerse fuertes en el punto en que se encontraban. *Hicieron luego un palenque, no ya para vencer a los indios, sino para ser vencidos por ellos* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 134). Un suceso inesperado interrumpe el hilo de la narración:

78 †

Nuestros indios amigos hallaron unas grandes ollas de carne cocida con maíz, de que me trajeron un plato, rogándome que comiese. Comí de ellos juzgando ser aquella carne de caza, pero a poco rato sacaron la cabeza, los pies y manos cocidas de aquel niño que me cogieron (Ruiz de Montoya, 1892, pp. 134-135).

Se comprende el desconcierto y hasta las náuseas de Antonio, convertido quizá en el primer misionero jesuita caníbal, del que se tenga noticia.

Antonio estratega

Una y otra vez cayeron sobre el palenque nubes de flechas que herían a españoles e indios. Una estratagema de Antonio cambió la situación. Dio orden a sus indios que no lanzasen saetas y guardasen las del enemigo hasta dejarlos sin ellas. Le obedecieron, pese a la oposición de los españoles.

Trabóse luego una reñida batalla; los españoles peleaban ya por la vida puestos en sus troneras, nosotros retiramos

los indios a la plaza de armas, los enemigos la cubrieron en un instante de flechas clavadas al suelo, las cuales fueron los nuestros recogiendo. Segunda y tercera vez hicieron lo mismo, sin que los nuestros despidiesen saeta, cesaron las flautas y tambores y gritería del enemigo, confuso de verse desarmado. Los españoles confusos de esta novedad ignoraban la causa, hasta que sabida y viendo que los enemigos a tropas se despedían para volverse a sus tierras, dimos las gracias al autor de todo (Ruiz de Montoya, 1892, p. 136).

Ahora era otro el enemigo al que tenían que enfrentarse los misioneros y sus indios. Estos no querían ya volver a sus tierras, *recelosos de que los indios enemigos los matasen* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 137).

‡ 79

Pero, por su parte, los españoles para no volver derrotados y *sin ninguna presa* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 137), quisieron caer sobre los indios que los acompañaban. Decidieron ahorcar a dos caciques, porque *me habían querido matar dos veces* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 137).

Tuve aviso de esto, avisé de esta determinación a los caciques, dándoles por consejo que se trasmontasen por aquellas sierras con toda su gente, y que de ahí a ocho días volviesen a aquel puesto donde me hallarían y trataríamos del buen asiento de sus casas. (Ruiz de Montoya, 1892, p. 137).

Chasqueado el capitán español, no necesitó indagar mucho para explicarse la desaparición repentina de los indios. No tuvo reparo Antonio en explicarle su proceder. *Confuso el hombre y*

bien triste respondió: “A buen santo se han encomendado” (Ruiz de Montoya, 1892, p. 137).

Por tercera vez en Tayaoba

Todos aconsejaban a Antonio que desistiera de la empresa. Dos duras experiencias habían mostrado que esa región era irreductible al Evangelio. Pero el que fuese *aquella empresa absolutamente imposible* era justamente lo que encendía su entusiasmo.

Sus preparativos nos pueden parecer insólitos.

80 †

Invocé el auxilio de los siete Arcángeles, príncipes de la milicia celeste, a cuyo valor dediqué la primera población que hiciese. Tenía yo una imagen de pincel de vara y media de alto de estos príncipes, la puse en marco y llevándola en procesión aquellos tres días [...] hasta aquel campo de donde me echaron y cautivaron el niño, acompañado de solos 30 indios, para que la victoria de tan infernales bestias se atribuyese solamente a Dios (Ruiz de Montoya, 1892, p. 138).

Entre tanto se habían borrado las huellas del campamento construido con tanto esfuerzo y riesgo: *No divisé mi cruz que había levantado, cuya altura hermozeaba aquellos campos, la hallé vuelta en ceniza; en su lugar levanté otra y allí con toda brevedad hicimos una fuerte palizada y una iglesia pequeña* (Ruiz de Montoya, 1892, pp. 138-139). Se alborotó el gentío de las selvas vecinas. Las noticias eran alarmantes: *Cada día tenía nuevas de juntas que contra mí se hacían* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 139). Les faltaba ya el alimento: *yo me sustenté por muchos días con tallos de arbolitos silvestres, hojas de árboles*

tostadas, raíces de cardos silvestres (Ruiz de Montoya, 1892, p. 139).

El más feroz de los enemigos, *que ardía en furor y deseo de comerme* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 139), era el hechicero Guirabera. Este se hacía llamar Dios.

Antonio inició una labor de capacitación de los indígenas. A los que por curiosidad se acercaban al reducto, después de darles noticia del fin de su venida, les daba algunos anzuelitos, agujas y alfileres; y con esta estrategia fueron cobrando amor a sus palabras. Cada vez eran más los que se acercaban y, en señal de amistad, traían a sus mujeres e hijos. Al fin comenzó a formarse lentamente un poblado en torno al campamento. Así se redujeron todos aquellos que la primera vez lo quisieron matar y que mataron a los siete indios. Pero también se sumaron los que impidieron la segunda entrada y mataron al niño sacristán. Arrepentidos de su crueldad y seducidos por la dulzura y el perdón de Antonio, llegaron a juntarse en esa población cerca de 13 000 familias.

Desconcertado el terrible Guirabera al ir perdiendo su dominio en la región, terminó por acudir también con 300 guerreros al encuentro de Antonio. La recepción cordial y generosa terminó con sus recelos y abrió la zona a la labor misionera.

Ciudades en la selva

Reconoce Antonio, quedándose quizá corto, *que con mis compañeros hice trece reducciones o poblaciones, con el afán, hambre, desnudez y peligros frecuentes de la vida que la imaginación no alcanza* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 15). *Cerca de treinta años se entregó en cuerpo y alma a esta labor,*

atravesando campos y trasegando montes, entre los más ordinarios peligros de muerte y de ser comido por bárbaros (Ruiz de Montoya, 1892, p. 14) para arrancar de la vida nómada a las tribus guaraníes más indómitas; una obra gigantesca que abarcó el Paraguay de hoy y zonas de Brasil, y Argentina. Fue en estos trece pueblos en los que la vida cristiana y el trabajo en común iba transformando a los selváticos en apacibles ciudadanos de una nueva sociedad.

82 †

Su fama, la de sus misas *en canto de órgano con muy buenos instrumentos*, se difundía por *grandes provincias de gentiles*, desde donde deseaban *que entrásemos en sus tierras a enseñar a sus hijos* (Ruiz de Montoya, 1892, pp. 142-143).

La selva indómita se transformaba en paraíso. Poblaciones se organizaban en torno a iglesias y trabajaban de manera armoniosa en los campos que se iban ganando a los bosques. Era la realización de la utopía que desde la República de Platón y los sueños de Campanella y Tomás Moro asediaba la cultura de Occidente.

Numerosos caciques y chamanes fueron ganados por el fervor y la atractiva personalidad de Antonio. Además de los ya mencionados Tayaoba y Guiraverá, encontramos en las crónicas a Taubicí, Atiguayé, Roque Maracaná, Pindoviyú, Tinjau, Zohé, Curitú, Zaguacari.

Ignacio Piraicí

No podemos terminar esta relación de personajes sin referirnos a la imagen pura de Ignacio Piraicí de la reducción de Loreto. En él se realiza de manera perfecta el ideal del indio converso que soñaban los misioneros. Aparece en las crónicas como un

anima naturaliter christiana. En cincuenta años que vivió gentil guardó la ley natural en su pureza, contento con solo una mujer, sin ofender a nadie (Ruiz de Montoya, 1991, p. 156).

En 1616, antes de que se incorporara Antonio a las misiones del Guairá, había destacado entre los catecúmenos por el ansia de recibir el bautismo.

Se dio tanta priesa a aprender lo necesario para ser bautizado, que en breve tiempo supo las oraciones y responder a las preguntas, como que fuese un muchacho bien instruido de su maestro. Con su ejemplo hizo su mujer lo mismo.⁸

Entre tanto pedía *muy muchas veces* a los padres que lo bautizaran juntamente con su mujer. Decía *que ya tenían vergüenza de no ser cristianos*. Conmovidos los misioneros, cedieron al fin a tanta insistencia. La ceremonia fue celebrada con gran solemnidad, *enramando la Iglesia y en medio de ella hicieron una capilla con tres arcos y su cielo; debajo estaba el altar, y sobre él la fuente bautismal [...] llegada la hora de la misa, fueron los indios con su tambor a casa del cacique [...] y con este acompañamiento le llevaron a la puerta de la Iglesia; lo mismo hicieron las indias con su mujer* (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XIX, p. 172) Salió el Padre a recibirlos a la puerta de la iglesia. Se les puso por nombre Ignacio y María.

8 Esta cita y las siguientes que aparecen en el resto del capítulo probablemente pertenecen a una carta anua de la Provincia del Paraguay escrita hacia el año 1611. El P. Rouillon tampoco precisa la fuente en *Antonio Ruiz de Montoya y las reducciones del Paraguay* (1997) (Nota de los editores).

Se habían preparado, sin consejo humano, *alumbrólos Nuestro Señor tanto que sin que se lo dijese nadie ayunaron dos días antes que los bautizase.*

Desde sus primeros pasos en la nueva experiencia religiosa, fueron una pareja ejemplar. *Viven tan concertadamente que son espejo de cristianos viejos y muy antiguos en la fe, con mucho contento y conformidad, y tanta sujeción y rendimiento al Padre como si fueran religiosos.*

84 †

El misionero les preguntó si querían volver a su tierra, *respondieron que irían si el padre gustase o sí no, no.* Los animó el Padre a que hiciesen el viaje. En él fueron maltratados y cautivados por *ciertas personas* para llevarlos a servir. *Con lo que más se defendían era con decir que eran cristianos y que habían de volver donde estaban los Padres.*

Los soltaron al fin, pero les pidieron por amor a Dios una imagen que les habían regalado los jesuitas; se desprendieron de ella, dando después Ignacio por explicación, *como me la pidieron por amor de Dios no se la pude negar.*

Han levantado en su pueblo una iglesia y una gran cruz, *de las mayores que hay en todos esos pueblos.*

Lo que es de grande admiración, siempre ha vivido limpiamente y nunca ha conocido más que a su legítima esposa que es de gran estima en estos indios y en particular en los caciques que lo ordinario están cargados de mujeres.

Antonio pondera el adelanto espiritual de ese hombre sensible a la voz íntima de Dios. Cuando lo conoció, ya estaba la pareja establecida en la reducción de Loreto: *Sin otro maestro que la luz*

divina, aprovechó tanto en la virtud que sus obras fueron testimonio de su inculpada vida (Ruiz de Montoya, 1991, p. 156).

Hay un texto conmovedor en el *Sílex* que lo presenta como inesperado maestro de la vida interior para el mismo Antonio. Este buscaba una manera eficaz de vivir en la presencia de Dios. La respuesta le vino del buen Ignacio que se le acercó espontáneamente, al salir de misa, y le contó sin ambages su manera habitual de realizar precisamente lo que el misionero buscaba.

Acuérdate [se dice a sí mismo Antonio] que andabas por aquellos días deseoso de hallar modo fácil de tener continuamente presencia de la primera Causa. Y quiso el cielo que éste, nuevo en la fe, a ti ejercitante antiguo, te enseñase en un solo acto de fe lo que buscabas (Ruiz de Montoya, 1991, p. 156)

† 85

Era una fórmula ingenua y cálida de mantener presente a Dios en medio de sus tareas ordinarias. Parece una crónica de los monjes del desierto o de la leyenda áurea.

Sin tú preguntarle cosa, ni aun haber hecho concepto de los quilates de su espíritu, te habló en esta forma: Yo, dice, en despertando, luego creo que está Dios allí presente y acompañado de esta memoria me levanto. Junto mi familia y, guiando yo el coro, rezo con ellos todas las oraciones. Acudo luego a oír misa, donde continúo mi memoria y acto de fe que allí está Dios presente. Con esta misma memoria me vuelvo a mi casa. Convoco mi gente a que acuda al trabajo. Voy con ellos. Y por todo el camino conservo esta memoria, que nunca se me pierde, mientras la labor dura.

Vuélvome al pueblo y mi pensar en el camino es solo que allí está Dios presente y me acompaña. Con este mismo pensamiento entro en la iglesia, primero que en mi casa. Allí adoro al Señor y le doy gracias por el continuo cuidado que de mí tiene. Con que alegre y contento entro en mi casa a descansar. Y, mientras como, no me olvido que está allí Dios presente. Con esto duermo. Y éste es mi continuo ejercicio (Ruiz de Montoya, 1991, pp. 156-157).

Así transcurrió su vida en los años que vivió en la reducción de Loreto, admirado y amado por todos, *y de la misma manera murió, tan santamente, con tanta resignación en Dios y con tan tierno aliento y confianza que a todos dejó prendas de su salvación eterna* (Ruiz de Montoya, 1991, p. 157).

IV

Entre dos fuegos

Ya en 1614 podía escribir Diego de Torres: *Somos mal vistos tanto por parte de los lusitanos, como de los castellanos, porque vivimos entre los dos estando con los indios* (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XIX, p. 306). Consideremos sucesivamente ambos enfrentamientos que hicieron tan difícil el progreso de las reducciones.

† 87

Los españoles

Bajo este nombre eran comprendidos también los abundantes mestizos, procreados en el cuñadazgo⁹ y poligamia inicial, que convirtió a Asunción en *el paraíso de Mahoma* (Cortesão, 1961, p. 168). Esta convivencia amigable duró unos ochenta años hasta la implantación de las encomiendas.

El jesuita anónimo escribía en 1620 el triste espectáculo que daban los españoles a los indios y las consecuencias desastrosas para la aceptación del cristianismo:

Miran [los indios] mucho cómo vivían los españoles mayormente los que le[s] predicán el evangelio; paréceles muy bien la ley de Dios pero no los españoles, y nombrar español entre ellos no es sino nombrar un pirata, ladrón,

9 Proceso de mestizaje de los varones españoles con las mujeres indígenas, que viene del término *kuñá*, concubina o mujer en sentido genérico y respectivo, en oposición a *tembirekó*, esposa. (Nota del autor).

fornicario y adúltero, mentiroso, y de camino aborrecen a los sacerdotes no porque les parezca mal su doctrina sino porque entrando ellos dicen que luego va tras ellos esta mala gente, de manera que los agravios e insolencias del español tiene infamada la ley de Dios y así en las nuevas entradas que hacemos la mayor dificultad que hallamos es la mala fama del español: y dicen que sea muy bien llegada a sus tierras la palabra de Dios, pero que se temen del español y que nosotros somos sus espías. (Cortesão, 1961, p. 168)

88 †

Por eso, los indios que *en estos ríos están escondidos, por miedo de los españoles son muchos, haciendo en medio de los montes y espesuras, unas poblaciones muy grandes.*¹⁰

Era grande el abandono espiritual de los españoles; *los de aquel lugar [Guairá] eran tan ignorantes en la doctrina cristiana como los indígenas, ya que por ocho años habían carecido de sacerdote* (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XX, p. 538). Los jesuitas habían tenido en otra época una residencia en Villa Rica. Pero distaba más de mil leguas del Perú, del que dependía, y no fue posible conservarla, *con que se cayó la casa e iglesias y no quedó más que la memoria de la Compañía.*¹¹

Cataldino y Mazeta, antes de fundar las primeras reducciones del Guairá, *gastaron en misión de paso*, siete meses en los pueblos de españoles: Mbaracayú, Ciudad Real y Villa Rica,

que si no es cuando otra vez estuvieron allí en misión otros Padres de la Compañía no han visto más predicador en

10 11 El P. Rouillon no precisa la fuente pero probablemente pertenezca a Cortesão (1961), como en la cita anterior (Nota de los editores).

aquella tierra; hallaron los dos Padres en estos pueblos de españoles muy grandes dificultades en las conciencias; y en las conversiones a Dios, como no estaban acostumbrados a las represiones, temores y freno, que suele poner la palabra de Dios continuada. Tenían necesidad estos pechos, endurecidos en libertad de carne y malos tratos y agravios de indios, con un servicio personal que les tenían impuesto riguroso, haciéndoles también sacar con excesivo trabajo cierta yerba de que usan los españoles más para vicio que para otra cosa [...] precisamente de esta gran falta [de cura de almas] proviene que sean tal vez peores que los infieles, y llenos de una bestial crueldad contra los indios. (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XX, p. 494).

‡ 89

Escribía Diego de Torres ya en 1614:

estas reducciones de indios [del Guairá] en breve estarían arruinadas por completo, en el caso de que siguiera adelante la impunidad de la codicia de los españoles que seguía estimulándolos cada día a cometer las mayores barbaridades. (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XX, p. 316)

Cataldino afirmaba por su parte: *Yo entiendo que si de la tierra o del cielo no viene algún remedio eficaz, se acabarán estos pueblos en breve* (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XX, p. 52)

Alude el mismo Cataldino a la costumbre consiguiente de los indios de vender mujeres y muchachos a los españoles y de los medios que usaban los misioneros para impedirlo.

En lo que más se ha trabajado este año ha sido en desterrar un abominable vicio que estaba introducido en toda esta tierra de dar y vender indias y muchachos a los españoles. Y era con exceso a cuya causa siempre sus antepasados hacían malocas y cogían indias para dar y vender; este vicio estaba muy entronizado, pero hemos procurado derribarle con los sermones de suerte que ya los españoles no las compran, porque los indios no las venden, y ya los caciques y alcalde andan en vela por ver si cogen algún indio que dé india a español. (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XX, p. 33)

90 †

Abusaban los encomenderos de los indios haciéndolos servir mucho más tiempo que el autorizado de dos meses. Los llevaban con engaños a la terrible cosecha de yerba en Mbaracayú. Buscaban cualquier excusa para esclavizarlos.

Por eso es manifiesto en los españoles

el odio que comúnmente tienen a la Compañía porque ampara a los pobres naturales y los defiende de la codicia insaciable que tienen de ellos para sustentarse de su sudor y sangre (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XX, p. 175).

La represalia habitual era levantar *muchos malos testimonios y contradicciones, y no es la menor el procurar algunos malos cristianos poner mal a los indios con los Padres* (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XX, p. 175). Los misioneros del Guairá, ya desde los primeros años, tenían que luchar contra las calumnias que esparcían los españoles entre los indios, afirmando que los jesuitas iban a abandonar las reducciones

o que las organizaban para esclavizarlos. *No hay que admirarse que algunos de los indios, instigados por el ejemplo y consejo de los españoles, nos miren con recelo, y que ellos en lugar de respetarnos cometan algunas desvergüenzas.*¹²

Han llegado las calumnias contra los misioneros hasta Sao Paulo, donde

Algunos dejaron correr la especie [...] de que habíamos sido desterrados de aquí por los castellanos y llevados presos con cadena a la ciudad del Paraguay, y que en estas doctrinas y reducciones de indios no había quedado ninguno de nosotros. (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XX, p. 321)

‡ 91

Después de una amarga experiencia en tierras de Tayaoba, escribe Antonio al provincial, quedé

yo muy desengañado de que los españoles no nos han de ayudar [...] cosa, porque ni quieren ni pueden y así este Vuestra Reverencia certísimo de que ni contra los portugueses, ni contra los indios han de hacer en nuestra ayuda cosa ninguna. Muestran buenos deseos y descubren malos efectos, dicen buenas palabras y hacen malas obras, y mostrándose amigos de la Compañía impide nuestros ministerios [...] Saco de aquí que nuestra ayuda es del cielo contra indios, contra españoles y contra los demonios y estos últimos no fueran tan dañinos si no fueran ayudados de los hombres. (Cortesáo, 1961, p. 213)

12 El P. Rouillon no precisa la fuente, pero probablemente proviene de los *Documentos para la Historia Argentina* (1927) (Nota de los editores).

Al tratar de las invasiones paulistas, advierte Antonio la situación desventajosa de los españoles:

Son muy buenos tiradores de escopetas, pero nada ejercitados en caminos: porque son buenos jinetes y a pie no dan un paso. El ocio y paz con que han vivido, atendiendo solo a defenderse de los indios guaycurús y payaguas, y el agasajo y regalo de sus casas, les es impedimento para discurrir por pantanos, breñas y montañas en busca del enemigo. (Hernández, 1913, II, p. 634)

92 †

Las normas estrictas dictadas por Diego de Torres para confesar a encomenderos motivaron que estos rehuyeran a los jesuitas para tranquilizar sus conciencias, pero acudían a ellos en peligro de muerte.

Más tarde diría al monarca español: *Mi pretensión es poner paz entre españoles e indios, cosa tan difícil, que en más de cien años que se descubrieron las Indias Occidentales hasta hoy no se ha podido alcanzar* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 14).

Contadas excepciones, en esa galería de personajes deplorables, aparecen en las crónicas de los jesuitas, como el criollo Hernandarias, el más brillante gobernador que tuvo el Río de la Plata; su hermano el obispo de Tucumán, Trejo y Sanabria; Juan Ruiz, ejemplar encomendero; el capitán Jerónimo Merino, *teniente de un tambo que había junto a unas minas de hierro*, en tierra de los gualachos, y *un hidalgo honrado, vecino de la ciudad de Corrientes, llamado el maestre de campo Manuel Cabral* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 163) que encabezaría la expedición punitiva contra los que dieron muerte a los

misioneros del Caaró y Jejuí, y sería testigo de las virtudes y martirio de los mismos, donaría abundantes cabezas de ganado a los fugitivos del Guairá y aposentaría en su casa a los jesuitas desterrados de Asunción por el Obispo Cárdenas.

Los portugueses

Antonio llama “el juicio final de las reducciones” (Ruiz de Montoya, 1892, p. 143) a las incursiones de los paulistas. Por una ironía de la historia, serían los pobladores de Sao Paulo, ciudad fundada precisamente por los jesuitas en territorio portugués, los que caerían como aves de rapiña sobre las reducciones.

† 93

Antonio los describe así:

Los moradores de aquella villa son castellanos, portugueses e italianos y de otras naciones que el deseo de vivir con libertad y desahogo, y sin apremio de justicia los ha allí agregado. Su instinto es destruir el género humano, matando hombres, si por huir la miserable esclavitud en que los ponen, se les huyen (Ruiz de Montoya, 1892, pp. 143-144).

Oscuras maniobras marcan el comienzo de esa historia trágica que tantas vidas y tanta destrucción costaron al Paraguay. Ya en 1627 habían protestado los pobladores de Sao Paulo por el avance de las reducciones jesuíticas en territorio que ellos consideraban portugués. Un nuevo gobernador de Paraguay, Luis de Céspedes Geria, en un itinerario no autorizado por las cédulas reales, a través de Río de Janeiro, Sao Paulo y el Guairá, se confederó con los paulistas contras las reducciones.

Las grandes bandeiras

Antonio Raposo Tavares inició en 1628, con tropas formadas en gran parte por vecinos de Sao Paulo y tribus de indígenas, la sistemática destrucción de la obra de los jesuitas. En enero de 1629 cayó sobre San Antonio, próspera reducción que contaba con unos dos mil guaraníes. Como piratas de tierra enarbolaban enormes banderas con símbolos extraños, de donde vino al nombre de bandeiras para las incursiones y bandeirantes para sus integrantes. Antonio, que no podía olvidar las paradas militares de su juventud, controlaba con dificultad su admiración ante la gallardía de esas tropas, a son de caja, bandera tendida y orden militar. Los recordaría en Madrid, *a pie y descalzos, como pudieran andar por las calles de esta Corte, caminan por aquellas tierras, montes y valles, sin ningún estorbo, trescientas y cuatrocientas leguas* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 305). Los feroces bandeirantes portugueses esclavizan a los jóvenes, mataban a niños y ancianos, dejando a su paso ruinas, incendios e iglesias profanadas. Siete reducciones sufrieron la misma tropelía. Entre ocho y nueve mil indígenas fueron llevados con colleras de hierro, como botín de guerra, a Paratininga.

94 †

Acudieron tres Padres a su campamento, donde tenían ya cautiva a mucha gente, les pidieron que les devolvieran a los prisioneros. *Al punto como locos frenéticos dieron voces diciendo, préndanlos, préndanlos, que son traidores estos, y justamente dispararon algunos arcabuzazos, con que hirieron ocho o nueve indios que nos acompañaban* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 144). Uno quedó muerto, el Padre Cristóbal de Mendoza fue herido de un flechazo. Apresaron al Padre José Doménech. *Diciéndonos [...] que no éramos sacerdotes, sino demonios, herejes, enemigos de Dios* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 144). No podía

faltar el gesto de gallardía de Antonio: *Apuntóme uno de ellos con su escopeta el pecho, abrí la ropa para que sin ninguna resistencia entrase la pelota* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 145).

Los Padres Simón Mazeta y Justo Mancilla siguieron a esta comitiva sangrienta casi trescientas leguas a pie hasta la misma villa de Sao Paulo, clamando inútilmente justicia para los prisioneros. Tuvieron que contentarse con socorrer a los heridos y enfermos que abandonaban en ruta. Eran tantos los muertos que no podían enterrarlos. Pero, después de tan largo y peligroso viaje, se encontraron con que las autoridades de Sao Paulo defendían a los bandeirantes y aun tenían negocios con ellos. Volvieron frustrados en medio de las burlas y agresiones de la turba. No pudieron llegar a refugiarse en el colegio de los jesuitas de esa ciudad, porque les cerraron el paso y los tuvieron aislados hasta su partida.

Era una lucha desesperada porque tanto las autoridades españolas como las portuguesas hacían oídos sordos a todos sus reclamos, atentas no a la justicia sino a la explotación habitual de los indígenas. *Fue creciendo la libertad de aquestos de San Pablo por la falta que hubo de castigo, que desde el año 1628 hasta estos tiempos [1637] no han cesado de debelar cristianos, cautivarlos y venderlos*, resume Antonio (Ruiz de Montoya, 1892, pp. 148-149).

No quedaba otra solución que el traslado de las reducciones en peligro a sitio más seguro. Antonio hizo un primer intento concentrándolas en el Itatín, entre la boca del río Iguazú y la ciudad de Asunción. Pero hasta allí llegaron los paulistas a fines de 1632 arrasando cuatro reducciones y llevándose masas de indígenas como esclavos.

Sintiéndose fuertes, los paulistas llegaron a más: sitiaron Villa Rica, población de españoles, en la que se habían refugiado los indígenas sobrevivientes. *Los españoles se refugiaron en un corral cercado de tapias, en donde se defendían, pero perecían de hambre, porque como señores del campo los de San Pablo defendían las comidas* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 151). Los indígenas, que se habían acogido a la Villa, comenzaron a irse secretamente al enemigo *solo por comer y aplaudir al que vence. Iba ya el negocio tan delgado, que aun los mismos españoles trataban de entregarse* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 151).

96 †

Como último recurso, intervino el Obispo de Asunción que había acudido a visitarlos. *Armóse de sus vestiduras pontificales, vistiéronse asimismo los clérigos [...] y con este género de armas se fueron hacia aquellos hombres* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 151). Desconcertados los paulistas, retrocedieron un poco. Aprovecharon los españoles el respiro para embarcarse precipitadamente y alejarse más de setenta leguas, hasta el pueblo de Mbaracayú. *Quedaron aquellos enemigos de Dios señores de la tierra* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 151).

El Padre Boroa relata en carta del 4 de marzo de 1637 la nula ayuda y malos tratos de los españoles en tiempo de los ataques bandeirantes:

No quiero pasar en silencio que habiendo pedido socorro a quien debía darlo, muy con tiempo; no solo no se ha dado hasta el día de hoy, mas antes en las respuestas que se dieron en las Corrientes a los escritos con que lo pedíamos, solo nos dieron agrias respuestas y muy contra el decoro de la Compañía, llenas de falsedades y calumnias. (Cortésão, 1969, p. 148)

V

La gran fuga

La partida

El provincial del Paraguay, Francisco Vázquez Trujillo, que pudo ver personalmente esa situación tan desastrosa, tomó una decisión prudente: ordenó a los misioneros a prepararse secretamente para una eventual retirada de la región, ante un nuevo ataque de los bandeirantes, mientras tramitaba la autorización de la Audiencia de Chuquisaca.

† 97

En difíciles trámites con las autoridades españolas de Villa Rica, logró Antonio la autorización para emprender viaje hacia el sur.

Esta iba a ser la más increíble hazaña de su vida: el traslado de doce mil guaraníes en setecientas balsas por ríos, cataratas y bosques, desde el Guairá, hoy en el Brasil, hasta Misiones, en Argentina, trayecto de unos mil doscientos kilómetros, buscando una zona suficientemente distante y protegida.

Cuadros de grandeza épica surgen en el relato de Antonio:

Ponía espanto ver por toda aquella playa ocupados indios en hacer balsas [...]; andaba la gente toda ocupada en bajar a la playa sus alhajas, su matalotaje, susavecillas y crianza. El ruido de las herramientas, la prisa y confusión daban demostraciones de acercarse ya el juicio. ¿Y quién lo dudara, viendo seis o siete sacerdotes que allí nos

hallábamos consumir el Santísimo Sacramento, descolgar las imágenes, consumir los óleos, recoger ornamentos, desenterrar tres cuerpos de misioneros insignes que allí sepultados descansaban (para que los que en vida en nuestros trabajos nos fueron compañeros, en este último nos acompañaran también, y no quedaran en aquellos desiertos), desamparar tan lindas y suntuosas iglesias? (Ruiz de Montoya, 1892, p. 152-153).

98 †

Llegaron a construir apresuradamente setecientas balsas, a las que se juntaron muchas canoas. *Se embarcaron más de 12.000 almas* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 154). *Dieron la señal para la partida y todos, con lágrimas en los ojos dieron el último adiós a su querida patria* (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XX, p. 729).

Escasamente dos días después llegó Andrés Fernández con su tropa sanguinaria. Solo encontró cuatro o cinco indios y *tomó tanto coraje y enojo que quiso matarlos* (Cortesão, 1961, p. 427). Descargaron los bandeirantes su saña sobre las iglesias, en las que veían concentrada la obra de los misioneros:

Entraron en aquellos templos con tropel y algazara, embisten con los retablos, derriban sus columnas, dan con ellas en tierra, y a pedazos las llevaron para guisar sus comidas. (Ruiz de Montoya, 1892, p. 155).

Los fugitivos llevaban escasa ventaja a los paulistas.

Recuerda Antonio: *ahora nuestra flota de balsas iba caminando al parecer segura de enemigos que por detrás dejaba [...] Surcaban muy contentos por el río Paranapané que sale al Paraná, por donde se había de bajar* (Cortesão, 1969, p. 195).

La traición

No podían prever la presencia de otros enemigos adelante: los vecinos de Ciudad Real. Contaban con la ayuda de un portugués, amigo de *uno de los mayores ladrones de indios en el Sertón*, Andrés Fernández, *que los animaba a ello* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 149). Era un proceder lógico para los vecinos de Ciudad Real, dentro de su mezquindad. Estaban perdiendo el servicio personal de los indios de ambas reducciones, al irse estos a lugares remotos. En realidad entre la obra de los paulistas y la fuga de los sobrevivientes, se despoblaba la región de esa mano de obra que era su principal riqueza. Una oportuna jugada podría resarcirles de la gran pérdida. Como anota Vázquez Trujillo, lo que pretendían era *forzarlos a que se quedasen donde ellos querían para sus malos fines y para tenerlos a mano [...] y aún venderlos a los mismos portugueses* (Cortesão, 1961, p. 379).

† 99

Antonio no podía creer esta traición de los españoles en un momento tan desesperado. *Dudoso de que fuese así* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 157), se adelantó con diez o doce indios en una embarcación ligera. Llegó a la palizada; entró en ella ya *seguro de la traición* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 157). Exigió a los vecinos que guardasen *la fe y la palabra dada a los indios. La respuesta fue poner las manos en este testigo. Cerrando los oídos, cinco de ellos sacaron sus espadas, y poniéndome cinco a los pechos me quisieron tener por prisionero* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 157). Antonio sintió en su interior un impulso rebelde que le llegaba desde su juventud aventurera en las noches de Lima: *Salí por medio de ellas ayudado de una sobrerropa que llevaba* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 157). Entre tanto los indios de su comitiva ya habían tomado sus arcos y flechas para defenderlo.

Volvió a la flota, que se acercaba lentamente por el río, *que como eran muchas las embarcaciones y era necesario caminar despacio* (Cortesão, 1969, p. 196) y comunicó las tristes nuevas. Estaban acorralados entre paulistas y españoles. Juzgaron oportuno mandar nuevas delegaciones para disuadir a los traidores. *El Padre Antonio Ruiz para obviar pesadumbres fue dos y tres veces a hablar al teniente que estaba en la palizada* (Cortesão, 1961, p. 428). Todo fue inútil. Antonio, en un último intento de conciliación, empleó una estratagema audaz, *valiéndome de maña donde faltaba fuerza* (Cortesão, 1969, p. 158). Convirtió a la flota de fugitivos de víctimas en atacantes: *Mostré ánimo de pasar a su despecho* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 158). Y, para hacer más concreta su amenaza, empleó un recurso sutil: *llegándome a un hombre que allí tenía su mujer, le avisé que la apartase de allí, porque no se contase aquél día muerta entre hombres muertos una mujer* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 158). Los españoles quedaron desconcertados: *Ya no se veían seguros en el fuerte, ya les parecía verse consumidos [...] y así enviándonos mensajeros nos pidieron que les diésemos término y seguro para salir de aquel palenque* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 158).

Se trocaron, pues, los papeles. Eran ahora los fugitivos los que imponían las condiciones. *Se les dio con mucha humanidad y cortesía, y salieron creo más corridos de haber intentado tal traición, que de que la presa se les hubiera deslizado de las manos* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 158).

La travesía

El lugar había sido realmente bien elegido por los españoles, porque allí comenzaban las cataratas. Tomado el puesto por Antonio y su gente, *fue fuerza dejásemos las canoas; porque por*

allí es innavegable el río por la despeñada agua que forma remolinos tales, que rehúsa la vista al verlos por el temor que causan (Ruiz de Montoya, 1892, p. 158). Eran los saltos, las siete caídas del Guairá.

Tenían ahora los fugitivos que cargar a hombros sus pertrechos y seguir la ruta por veinticinco leguas, unas cinco jornadas por trochas y quebradas. Antonio arriesgó trescientas embarcaciones dejándolas en la corriente. Todas se hicieron añicos en los arrecifes.

En ocho días dimos fin a nuestro viaje por tierra saliendo al mismo río, pero ya más benigno y navegable (Ruiz de Montoya, 1892, p. 160). Antonio nos hace cuenta un recuerdo delicado, en el que se unían la añoranza de los tiempos pasados y la penuria actual:

Llevaban arpas e instrumentos, con que en su patria daban música a Dios en sus festividades, y entre motetes suaves crecía su devoción [...] al son de aquellos acordados instrumentos ya sin cuerdas y deshechos. No sirviéndoles ya más que para una triste memoria, los dejaron perdidos en las peñas de aquel áspero camino. (Ruiz de Montoya, 1892, p. 160).

Al volver al río, encontraron nuevos grupos de fugitivos, *venidos de las más remotas reducciones del Tayaoba*¹³. El Padre Espinosa los había recogido del Piquirí. El gran cacique Tayaoba había fallecido a tiempo para no presenciar la destrucción de sus pueblos. No habían podido ser transportados todos los que poblaban las riberas del Piquirí por falta de embarcaciones.

13 El P. Rouillon no precisa la fuente.

Había quedado con ellos el Padre Espinosa con balsas y pertrechos. Tardó la expedición cincuenta días. Pero hubo que repetirla, porque no habían bastado las embarcaciones para tanta gente. Esperaba Antonio encontrar en ese punto socorro de las reducciones a las que se dirigían. Pero los misioneros, reunidos en Córdoba, en la Congregación Provincial, no habían recibido a tiempo el aviso de la fuga. Se acabaron las provisiones. *Así la pobre gente tuvo que dispersarse por los montes en busca de qué comer. Otros a toda prisa labraban la tierra para sembrar; otros se echaron a fabricar canoas.*¹⁴ Pero no había árboles gruesos. Las frágiles balsas, mal construidas, naufragaban, a veces con pérdidas de vida y casi siempre de pertrechos. Fueron momentos difíciles entre tantos problemas y tanto desconcierto. *El hambre, la peste y la diversidad de pareceres causaron una muy gran confusión* (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XX, p. 731).

102 †

¿Quién podía sustentar aquella multitud en la soledad, *y por largo tiempo en donde no hallaron cosa alguna?*¹⁵ Hubo quienes volvieron sobre sus pasos, arriesgando la vida y la libertad. Otros se adelantaron en la ruta proyectada, *se metieron por los montes y comenzaron llegar al puesto del Yabebiri, donde están ahora* (Cortésão, 1969, p. 198). La tenacidad y la inventiva de Antonio se imponían sobre los incontables obstáculos de la marcha.

Al fin empezó a llegar ayuda de las reducciones hacia las que se dirigían. La Encarnación de Itapuá organizó cinco o seis envíos:

14 15 P. Rouillon no precisa la fuente.

Subieron en tropas de sesenta y setenta indios el río Paraná arriba hasta el Salto de Guairá, que son a pie de diez leguas cargadas las embarcaciones de comida que los Padres juntaron de limosna y los mismos indios daban quitándosela de la boca. (Maeder, 1990, p. 124)

Como eran tantos también se sintió en las demás reducciones la falta de comida, con que fue necesario buscar vacas trayéndolas de lejos, en que se gastó todo lo que había quedado de alhajas y algunos ornamentos (Cortésão, 1969, p. 198).

Hacia Paraná

† 103

Siguieron viaje hasta el Paraná, donde fueron acogidos amistosamente. Al fin pudieron sentar sus reales en las nuevas tierras. *Escogieron dos puestos que parecía que el cielo se los tenía aparejados, en un bueno y navegable arroyo que sale al gran río Paraná, allí hicieron unas muy bajas chozuelas pajizas* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 163). Era el lugar conocido como el Yabeberí, no lejos de la Encarnación de Itapuá, donde se les habían adelantado algunos grupos. Bautizaron a las nuevas poblaciones con los mismos nombres de las que habían dejado atrás en el Guairá: Loreto y San Ignacio (Mirí o Miní, “menor”, para distinguirla de la vecina reducción San Ignacio Guazú, o “grande”).

Diego de Boroa, en la Carta Anua de 1634, presenta la situación en que se encontraban los fugitivos del Guairá al instalarse en las nuevas tierras:

Como aportaron los tristes a tierras peregrinas y con suma miseria y pobreza embistió en ellos una avenida de

calamidades y trabajos, hambres, pestes, mortandades horribles, que los dejó consumidos y esparció despavoridos por los campos como huyendo de la muerte (Maeder, 1990, p. 124).

Nos describe Antonio con precisión los extremos a que los llevaba la hambruna:

Comían los cueros viejos, los lazos, las maneas de los caballos, y de un cerco que teníamos de palos en nuestra casa quitaron de noche las correas, que eran de cuero de vaca. Sapos, culebras y toda sabandija que sus ojos veían no se escapaban de sus bocas (Cortesão, 1969, p. 198).

104 †

No es de extrañar que se cebasen en la población las enfermedades: *Acudió la peste, que en estas ocasiones nunca es lerda* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 164). Boroa la describe como cámaras, *que como los halló muy flacos y faltos de comida hizo en ellos grandes matanzas* (Cortesão, 1969, p. 198). Llegaron a morir dos mil personas. Los doce mil indios que partieron del Guairá, diezmados por el hambre y la peste o fugados a los bosques y aún de vuelta a sus tierras, habían quedado reducidos a cuatro mil.

Atención especial recibían las multitudes de niños enfermos que no podían salir *a buscar frutillas por los montes y a cazar*. Al principio se les repartían porciones de carne, *pero el hambre era tanta*, que se arrebataban unos a otros las magras raciones y no se podía con ellos aunque los azotasen. Hubo que poner orden:

Dieron los Padres en otra traza que fue mandarles cocer la carne en nuestra casa asistiendo un Padre a ellos y luego hacer sentar a los niños enfermos y convalecientes dando

a cada uno su porción cocida con su caldo y algún maíz y que no se levantase de allí nadie sin comer primero todo lo que se le dio¹⁶.

Más tarde, en el año 1633, el Provincial Vázquez Trujillo, que visitó los nuevos pueblos, ordenó que se repartieran los niños entre las mujeres casadas de la antigua reducción de San Ignacio Guazú del Paraná, un niño a cada una, *para que le diese de comer y cuidase de él*. Fue llevada *gran tropa de criaturas del Guairá, que desfallecían de hambre*, a esa reducción, donde se les atendió *con mucha caridad y amor* (Cortesão, 1969, p. 199)

Otro problema era el de las semillas. Para conseguirlas hubo que vender los pocos objetos de cierto valor que conservaban los misioneros: *Vendimos nuestros librillos, sotanas y manteos, ornamentos, cálices y arreos de iglesias para comprar semillas* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 163). Tenía Antonio que usar todo lo que tenía a su alcance para que todos tuviesen qué sembrar.

† 105

La traza fue que les hacían aderezar primero la tierra y se les daba meramente lo que era bastante para lo aderezado y en aderezando más tierra se les daba más, porque si se lo diesen todo junto se lo comerían como lo hacían al principio.¹⁷

Ni aún estos recursos bastaban, porque se comían aun las semillas recién plantadas. Lo que un día las sembraban se encontraban al día siguiente con que habían sido desenterradas y consumidas, aprovechando la oscuridad de la noche. Hubo que hacer guardia en los sembrados y aun castigar a los infractores. *Pensado bien el remedio, condenamos al cepto a los*

16 17 El P. Rouillon no precisa la fuente pero probablemente pertenezca a Cortesão (1969), como en la cita anterior. (Nota de los editores).

delincuentes todo el tiempo que duró el estar las sementeras crecidas, y fuera de este riesgo. Este remedio dio logro a sus labores (Ruiz de Montoya, 1892, pp. 164-165).

Las antiguas reducciones del Paraná, a solo tres leguas de distancia, les mandaban las provisiones que podían. También les dieron muchas vacas, hasta consumir las doce mil con que contaban. San Ignacio Guazú dio *de limosna dos tercios de su cosecha* (Maeder, 1990, p. 122). Pero eran muchas las bocas de los fugitivos y el hambre del largo recorrido.

Tiempos mejores

106 † Una ayuda inesperada, que Antonio considera providencial, vino a ser el descubrimiento de una planta medicinal y alimenticia. El interés nunca dormido del naturalista por la geografía ubérrima del nuevo mundo orienta la página siguiente del relato:

Socorrió [Dios] a esta pobre gente con una medicina que lo fue de la peste y del hambre. En el arroyo que está pegado al pueblo hallaron una hierba que llamamos perejil marino, y ellos igau. Llegando a su sazón, tiene de largo media vara, echa sus raíces en las mismas peñas, que es donde se cría sin salir del agua, es de su natural salobre, muy gustosa y cría buena sangre [...] Esta hierba cocida con la carne fue remedio a la disentería que arrebatadamente los llevaba. Se vio con ella mudada la figura de muerte y palidez del rostro que tenían todos (Ruiz de Montoya, 1892, p. 165).

Un buen español fue generoso con los fugitivos: *Con la franca licencia que nos dio un hidalgo honrado, vecino de la ciudad de las Corrientes, llamado el maestro de campo Manuel Cabral, dueño*

de una gran cría de vacas (Ruiz de Montoya, 1892, p. 163), les dio licencia para recorrer sus campos recogiendo el ganado disperso. Sin pérdida de tiempo se convirtieron los Padres en vaqueros. Antonio y Pedro de Espinosa entramos en ellos... con gente a propósito y caballos. Fue grande la cantidad de vacas que sacaron. Antonio confiesa que *ahora dos años* [es decir, hasta 1637] *se sacaron juntas más de 40.000 cabezas* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 163).

Un manejo prudente de esta gran donación para ayudar sostenidamente a mitigar el hambre. Pero nos sorprende otra vez Antonio al concretar lo que ese aporte significaba para tan gran masa de indígenas: *En ambas reducciones de Loreto y San Ignacio se mataban cada día 12 y 14 vacas al principio, de que a cada uno se le daba una tan limitada porción, que no servía de más que entretener la vida y dilatar la muerte* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 163). Entre tanto la tierra comenzó a dar frutos de maíz, mandioca y legumbres.

‡ 107

El Padre Espinosa fue en busca de lana y manadas de ovejas a Santa Fe, a doscientas leguas de distancia, *ya por el río en embarcaciones, ya por anegadizos y pantanos*.¹⁸ El mismo Jarque, que se encontraba entonces en Santa Fe, daría testimonio de su entereza ante los peligros que lo acechaban.

Diego de Boroa resume la situación en que se encontraban Loreto y San Ignacio hacia 1637, cinco años después:

Una triple ventaja invitó a los prófugos a quedarse en el Yabebirí: la fertilidad del suelo por el clima benigno, la seguridad del enemigo y una vecindad pacífica. Mientras

18 El P. Rouillon no precisa la fuente.

escribo esta relación, les va muy bien en todo. Cada uno tiene su yunta de bueyes para la labranza y para todos hay una estancia repleta de ganado vacuno. En aquellos pastos prospera la caballada a maravilla. Estas comodidades les ocasionaron la persuasión de que era una bendición de Dios haber sido obligados a abandonar su tierra, donde estaban expuestos a las invasiones hostiles (Documentos para la Historia Argentina, 1927, XX, p. 734).

Fervor religioso

108 †

Los misioneros veían en la nueva abundancia de la tierra el premio al fervor con que todos oían la Misa diariamente. *Comulgan cuatro veces al año a 800 y 1000 personas en cada pueblo, con muy buena preparación de confesión y limpieza de almas* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 197).

En medio de los poblados se levantaban nuevos centros de culto y se fabricaban también variados instrumentos musicales: *Hiciéronse iglesias fáciles, capaces y vistosas, renováronse los instrumentos de bajones, cornetas, vigolones, arpas, cítaras, vigüelas, monacordios* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 166). Volvió a celebrarse la festividad del Corpus *con pobreza, pero con devoción y aseo* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 166). A falta de la riqueza en oro y plata de las ciudades coloniales, exponían la belleza multicolor de la selva: *Ponen sus altares, hacen sus arcos de que cuelgan los pajarillos del aire, los animales del monte y peces del agua; ponen por donde ha de ir el sacerdote el Señor, esteras, derraman por las calles los frutos* (Ruiz de Montoya, 1892, p. 166-167).

Se explaya Antonio en el relato de conversiones y casos milagrosos que enfervorizaron a las poblaciones. *Porque, nos*

dice: En cristiandad nueva usa [el Señor] de nuevos modos, si bien antiguos y aun necesarios riegos para que plantas tiernas como las de los indios crezcan en virtud y se aumenten en la gracia (Ruiz de Montoya, 1892, p. 190).

Antonio difundía la devoción a la Virgen en la nueva cristiandad. Fundó la congregación con el nombre de los Esclavos de Nuestra Señora. La inició con una solemne misa cantada en la que se lucían los nuevos instrumentos musicales. Los doce primeros congregantes fueron elegidos entre los más fervorosos neófitos. Sus obligaciones eran la frecuencia de los sacramentos, el rezo diario del Rosario (*y lo llevan pendiente al cuello, divisa de su honrosa y voluntaria esclavitud* (Jarque, 1900, III, p. 314), la atención de enfermos y necesitados, el cuidado especial de los moribundos y de los entierros, para los que levantaban arcos triunfales en la iglesia y esparcían flores por el suelo.

† 109

Ambas reducciones se convertirán en dechado de fervor religioso entre las poblaciones del Paraná y, como le dirán los indios al Padre Comental cuando la muerte de Antonio, era este el modelo cotidiano de virtud, que los movió al bien y a la devoción. Sus profecías se habían ido cumpliendo puntualmente, confirmando su santidad. Más tarde daría testimonio el Padre Mazeta de que Antonio había anunciado ya en 1613 que las reducciones del Guairá se trasladarían al Paraná. También dejó escrito Antonio, cinco años antes de los sucesos, que serían destruidas las reducciones del Uruguay y el Tape. Recibió el Padre Domenec ese anuncio en la reducción de la Candelaria, en el Uruguay, años antes de tener que abandonarla por la invasión de los paulistas.

VI

Superior de todas las reducciones

Nueva estrategia

En 1636 decidieron los superiores poner a Antonio al frente de las veintiséis reducciones que quedaban en el Paraná, Uruguay y Tape, amenazadas por los portugueses de Sao Paulo. Sucedió a Juan Romero que había ocupado el cargo más de siete años. Era una muestra de que se valoraba al fin su capacidad organizativa y su gran hazaña de trasladar las reducciones de Loreto y San Ignacio y los restos de las demás del Guairá hasta el Paraná.

† 111

Era inminente un nuevo asalto de los paulistas, que Antonio había profetizado años atrás. Lo relatará él mismo al Rey en un memorial escrito en Madrid en 1638:

El dicho Antonio Raposo ha continuado sus excesos, con nuevo atrevimiento: pues por septiembre de 1636, alzando bandera y voz de Capitán, salió de la dicha villa de San Pablo con ciento 150 arcabuceros y 1500 indios de su facción y entró por la jurisdicción del Puerto de Buenos Aires (que es de la demarcación de Castilla) y con mano armada, y a son de caja y orden de guerra, llegó a la [*reducción de Jesús María*] el día de San Francisco Javier [13 de diciembre], con ánimo de coger la gente descuidada con la celebración de aquel día. (Ruiz de Montoya, 2001, p. 270)

Entre tanto había noticia de su llegada a las riberas del Tibiquari y su acuartelamiento en la cercanía de las reducciones. Antonio ordenó la retirada de las poblaciones de Tape y del Uruguay a la margen derecha de los ríos Paraná y Uruguay. Algunas fueron sorprendidas por el enemigo antes de poder huir. Los paulistas encontraron la población de Jesús María dentro de una empalizada a medio construir, que incluía la iglesia.

112 †

La comenzaron a cañonear, ultrajando de palabra a los religiosos, diciendo, matem os a esos perros jesuitas, y así hirieron tres de cuatro que había y habiendo tirado más de cuatrocientos arcabuzazos, a uno que hacía defensa (como lo observaron los dichos agresores) solamente le hirieron en un brazo. Y, habiendo durado la pelea cosa de seis horas, defendiéndose los indios con flechas y dos hermanos con sus escopetas, estando las mujeres y los niños en la iglesia rezando las oraciones, pidiendo a Dios misericordia, procuraron los contrarios pegar fuego con flechas, que aunque lo iban apagando vino últimamente a prenderse, lo que obligó a los cercados a abrir la palizada huyendo del incendio, pensando hallar menos daño en los hombres, pero no les valió, porque acudiendo los contrarios al portillo, iban pasando a cuchillo a los que iban saliendo, sin perdonar las mujeres, ni niños, que muchos de los pechos de sus madres volaron al cielo; prendieron a los religiosos, poniéndoles guardas, y de industria al resistero del sol, en medio de los leños encendidos de la iglesia ya quemada, tratándoles muy afrentosamente y arrancándoles los niños que estaban asidos de sus cíngulos, para ampararse de ellos, robándoles sus pobres halajas (*sic*). Mataron cuatrocientas vacas, que tenían para sustento de aquellas poblaciones,

despedazaron los ornamentos y derribaron el altar mayor, en que aquel día se había celebrado misa, y lo hicieron lugar inmundo (Ruiz de Montoya, 2001, p. 270).

Con la misma táctica malévola, para encontrar a la población reunida en la iglesia con motivo de alguna fiesta importante, asaltaron la Candelaria en la Navidad y poco después a Santa Ana, *ejecutando en los pobres indios, crueldades inauditas y convidándoles por otra parte con diabólicos halagos, poniéndoles mujeres delante en presencia de los mismos religiosos* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 270). Llegaron a apresar cuarenta mil, que repartieron entre los soldados, *según la calidad de cada uno* [...] A un religioso de cierta Orden que iba por cura de ellos [...] le cupieron quinientos (Ruiz de Montoya, 2001, p. 270).

† 113

A los indios de las demás poblaciones cercanas no les quedaba más que huir; quemaban al retirarse, por orden de Antonio, sus pueblos e iglesias, llevándose las imágenes y objetos sagrados, *para que el enemigo no hallase despojo alguno, ni comodidad ni alojamiento*, ni los indios fuesen tentados de volver a su querencia. Era preferible esa quema reverente a las profanaciones que había ya realizado el enemigo en varias reducciones.

No faltaron quienes se burlaran de los vaticinios de Antonio, pero pronto quedaron éstos lamentablemente comprobados. Hubo que retirarse a la última reducción más allá del río Uruguay, San Nicolás del Piratiní, antes de que llegara el enemigo.

En el apresuramiento de la hora parece que faltaba coordinación entre el provincial, Diego de Boroa, y Antonio. El primero

pretendía que cada reducción se mantuviese en su puesto e hiciera frente a los portugueses y se solicitase, al mismo tiempo, ayuda a las autoridades españolas. El segundo, después de tantas amargas experiencias en el Guairá, prefería el abandono de las reducciones más expuestas y la concentración de fuerzas en un punto estratégico. Ambos coincidían básicamente, sin embargo, en que se debía intentar la defensa de la zona con los escasos medios que se contaba.

114 †

Diego de Boroa recorría apresuradamente la región, intentando detener las grandes masas de fugitivos y animando *a unos y otros a que se defendiesen y no dejaran sus pueblos hasta [que] viésemos los intentos del enemigo*¹⁹. Pudo ver las reducciones del Caaró y la Candelaria desamparadas y quemadas, *que quebraba el corazón verlas*. Los que huían eran acogidos en las reducciones de Itapuá y Yabebirí, las nuevas poblaciones de Loreto y San Ignacio. Las peticiones de auxilio que dirigía el provincial a las autoridades españolas del Paraguay y de Buenos Aires eran, una vez más, desoídas por motivos de jurisdicción *y otras excusas frívolas*.

Fue el provincial Boroa a la reducción de *la Natividad, donde estaba el Padre Antonio Ruiz y los demás Padres con los indios que habían acudido a la defensa de aquella reducción*. Fue acogido calurosamente. Trató con Antonio y los demás Padres reunidos en la reducción si convenía ir en busca del enemigo o solo estorbarle el paso. Se optó por lo segundo, siguiendo al fin el proyecto de Antonio:

Y así se hizo disponiendo a la gente y adiestrándola para lo que pudiese suceder, acudiendo unos a hacer centinelas y

19 El P. Rouillon no precisa la fuente de donde extrae esta cita ni las siguientes (Nota de los editores).

otros a defender las canoas y el paso del río haciendo suizas [alboroto] y reseñas [revistas de tropa] para que el enemigo conociese había defensa y cuidado.

Antonio había madurado una estrategia más apropiada para frenar a los invasores. Organizó la defensa del principal paso del río Paraná, que servía de frontera de las reducciones y donde se refugiaban los indios fugitivos del Tape y del Uruguay. Había formado en la Natividad *un nuevo ejército de mil quinientos indios*.²⁰ Hizo levantar un parapeto en un terraplén que dominaba el paraje y puso a su abrigo balsas y canoas con los remeros listos para cualquier eventualidad. Centinelas vigilaban los diferentes vados que pudiera tomar el enemigo. Grupos bien armados hacían frecuentes emboscadas a las tropas invasoras matando a muchos tupís y a algunos portugueses. Advirtiendo el éxito con que iban mermando las fuerzas enemigas,

† 115

se animaba cada día más nuestra gente acercándose a ellos, haciéndoles cada vez más daño, y no había celda ninguna donde no les matasen diez o doce personas, con que se les iba aminorando las fuerzas y no tenían tan segura la salida en busca de comida. (Cortesão, 1969, p. 218)

Las noticias que llegaban a Roma preocupaban al padre general Muzio Vitelleschi, sucesor de Claudio Acquaviva. Vitelleschi hubiera preferido una actitud más pacífica y conciliadora en los misioneros y lamentaba de que hubiera entre ellos *algunos espíritus belicosos*. Citaba expresamente, entre estos, al socio del provincial y al mismo Antonio. Boroa procuraba mostrar en sucesivas cartas la situación extrema de las reducciones, que

20 Probablemente extraída de los *Documentos para la Historia Argentina* (1927) (Nota de los editores).

obligaban a medidas de excepción. El General fue abriéndose lentamente a la posibilidad de la defensa armada y a que los mismos jesuitas preparasen en el empleo de armas de fuego y en tácticas bélicas a los indígenas. Pero siempre insistía en que los jefes fueran elegidos entre los mismos indios ladinos o soldados españoles y no entre los misioneros. En la precipitación de los acontecimientos no era siempre posible seguir estrictamente estas normas lejanas. Una solución fue, como veremos, el empleo de Hermanos Coadjutores, que habían sido soldados antes de entrar a la Compañía. Pero hubo Padres, como Antonio y Pedro Romero, que fueron improvisados estrategas. Hubo un caso límite en Caazapá Guazú, en el que el Padre Diego de Alfaro, el sucesor de Antonio en la dirección de las reducciones, ante la cobardía del gobernador Pedro de Lugo y Navarra, que observaba de lejos la batalla, se sintió obligado a arengar a los indios y cayó abatido por un paulista al comenzar el enfrentamiento.

VII

Misión en Madrid y Lima

En la corte

Era tan insostenible la situación que los misioneros decidieron armar a los guaraníes. Pero hacía falta una aprobación totalmente inusual del Consejo de Indias y, en definitiva, del Rey Felipe IV. Naturalmente que el elegido para esta nueva empresa fue Antonio. En 1637 abandonó, por primera vez en décadas, a sus queridos indios, y emprendió el viaje a España.

† 117

Llegó tan enfermo que, camino a Madrid, tuvo que guardar cama en una posada. Una noche, oyendo que ayudaban a bien morir a un vecino, creyó que se trataba de él. Al darse cuenta de su error, se arrastró hasta el lecho del moribundo para cumplir su deber sacerdotal.

Su encuentro con Felipe IV fue decisivo. Sus palabras llegaron al corazón del monarca.

Señor, desde aquellas remotas provincias he dado voces con cartas a esta Corte, manifestando los intentos de los portugueses, y por la distancia que hay de tantas leguas, no he sido oído, y así vengo a los Reales pies de Vuestra Majestad a pedir el remedio de los males gravísimos que justamente se temen. Pretenden, señor, quitar a Vuestra Majestad la mejor pieza de la Corona. (Ruiz de Montoya, 2001, p. 102)

Los trámites con el Consejo de Indias, a pesar del interés del rey, que había leído atentamente los memoriales de Antonio, se entramparon en la burocracia y se demoraron por las enfermedades del misionero.

Este no perdía el tiempo. Había traído manuscritos de una gramática y un diccionario de la lengua guaraní. Los editó en esos años. Preparó lo que sería la primera crónica del Paraguay y las Reducciones, a veces enciclopedia natural y humana, a veces autobiografía: *La Conquista Espiritual del Paraguay*, editada también entonces. Pablo Hernández SJ, gran conocedor de las Reducciones y del mismo Ruiz de Montoya, escribe:

118 †

Tarea harto difícil y quizá imposible sería enumerar todas las cédulas que, en el espacio de casi seis años que duró su comisión en la Corte, obtuvo a favor de los indios, siendo tantas y hallándose tan dispersas.²¹

Otro grave obstáculo surgió para los trámites ante la Corte de Madrid. La unión entre Portugal y España, mantenida desde 1580, concluyó justamente el año 1640. La revuelta de Lisboa sorprendió a Antonio en pleno envío, a través de Portugal, de sus libros sobre la lengua guaraní. Lo narra con gracia él mismo años después:

Fue ventura haber dejado en Madrid la mitad de los dos mil y cuatrocientos cuerpos que imprimí, porque la otra mitad, con todo cuanto tenía, la envíe a Lisboa, donde queda todo sin haber podido sacarlo. Y así vengo de la misma manera que si me hubiesen robado holandeses,

21 Probablemente extraída del libro *Documentos para la Historia Argentina* (1927) (Nota de los editores).

padeciendo las necesidades del que, perdida la nao, escapa a nado. Y gracias a Dios escapé con vida, porque si me cogiera el alzamiento en Lisboa, sin duda me la quitaran por lo que obré en la Corte contra portugueses. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 158).

Una carta que escribió al Padre Francisco Díaz Taño, procurador de las Reducciones en Roma, de regreso al Paraguay, nos muestra su estado de ánimo:

La carta de V.R. recibí con muy grande gusto y no con poca envidia de ver a V.R. partirse para mi patria [...]. No es para mí este ruido, besamanos, cortesías, perdimiento de tiempo, y sobre todo traer ocupada la mente en negocios, cuidados y trazas, que pocas veces se logran.

† 119

Finalmente, mi Padre, quedo como desterrado, y no hay día que para mi consuelo no finja que ya me llevan al navío pero quiere Dios que sean no más que pensamientos por ahora, para que cuando después vuelva por ella, estime más el humilde empleo con mis indios, ajeno de embarazos, libre de emulaciones y cuidados inútiles. (Ruiz de Montoya, 1964, p. 59)

Damas de la sociedad madrileña querían retenerlo para que se consagrara al apostolado en la villa: *Padre Antonio, déjese ya de jornadas y navegaciones, quédese acá y conviértanos a nosotras, como allá lo ha hecho con tantos gentiles. Mire que es buena tierra Madrid*²². Mostró Antonio cortésmente su agradecimiento, pero añadió: Señoras, esta corte de Madrid es muy buena para

dejarla por amor de Dios. Y volviéndose a su compañero, el Padre Manquiano, le dijo proféticamente:

No permita V.R. que mis huesos queden entre españoles, aunque muera entre ellos; procure que vayan a donde están los indios, mis queridos hijos, que allí donde trabajaron y se molieron, han de descansar.

Antonio partía del puerto de Cádiz en junio de 1643, pero no como hubiera querido, a Paraguay, sino al Perú. Había concluido exitosamente su misión en España pero tenía que completar engorrosos trámites ante el Virrey del Perú, entonces Don Pedro de Toledo y Leiva, marqués de Mancera.

120 †

Ante el Virrey

Volvió, pues Antonio a Lima, exhausto y enfermo, a explayar su porfiado entusiasmo en nuevas gestiones y redacción de memoriales. Los planes de Dios divergían de los de Antonio. Iba a volver al *ruido*, *besamanos*, *cortesías*. Pero pronto pudo comunicar al Padre Boroa, rector del colegio de Asunción, el éxito obtenido con el Virrey, gracias a la confianza que tenían en él las autoridades de Lima:

Veo que si el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación no me hubiera dado tanto cabimiento con estos señores, estuviera ya esa Provincia deshecha y desterrada de todo Paraguay, porque en solo dos días intermedios de correo a correo se negoció lo que para conseguir requería meses enteros y mucho dinero. Y lo más es que sin haber exhibido papel auténtico de nuestra parte, más que los que los contrarios enviaron; con ellos mismos informé de nuestra justicia. Y de este informe resultaron

los despachos que van tan favorables. Esto ha causado no pequeña admiración a los domésticos. Así lo acostumbra a hacer nuestro Señor: Mortifica y vivifica; y así lo ha hecho en esta ocasión, con que los émulos de la Compañía quedaron bien humillados, ya que no arrepentidos de lo que ciegos de furor hicieron. (Ruiz de Montoya, 2001, p. 265)

El fácil éxito de sus gestiones era, para Antonio, obra de Dios. *Solía decir que para negociar bien con los hombres no había sino que acudir a Dios, y esperar en su Majestad, en cuya mano están los corazones de los reyes, y los inclina a lo que le place* (Jarque, 1900, IV, p. 134).

‡ 121

Unos dos años después tuvo que volver a comenzar. El 28 de agosto de 1648 llegaba al Callao el nuevo Virrey, D. García Sarmiento de Sotomayor y Luna, Conde de Salvatierra. Venía de ocupar el mismo cargo en México, donde había terciado en el grave litigio entre el Obispo de Puebla, D. Juan de Palafox, con los jesuitas. Quizá el Conde de Salvatierra se llevó las manos a la cabeza al encontrarse en su nuevo gobierno con un enfrentamiento similar, esta vez de Bernardino de Cárdenas y los mismos religiosos del Paraguay. Tuvo Antonio que armarse de paciencia e ir desmontando uno a uno los prejuicios que sembraban en la corte virreinal los libelos que, según el Obispo de Tucumán en carta al Papa, pululaban en el Paraguay y las provincias cercanas.

Pronto intimó Antonio con el nuevo Virrey, que se alegraba de sus visitas frecuentes y *solía decir que en los negocios del Paraguay no quería otras pruebas de la verdad, que el testimonio del Padre Antonio Ruiz* (Jarque, 1900, IV, p. 237).

Francisco del Castillo

122 †

En medio de estos afanes, iba también Antonio a realizar quizá la obra más profunda de su vida. Un jesuita, limeño como él, Francisco del Castillo, recién ordenado de sacerdote, necesitaba de Antonio sin saberlo. Tenía veintiocho años, treinta menos que Antonio. Sufría de asma. En parte por este motivo, acababa de ser destinado por el Padre Provincial, Bartolomé de Recalde, a Santa Cruz de la Sierra, a la misión de los Chiriguanas, indígenas de origen guaraní, que poblaban las estribaciones orientales de los Andes del Alto Perú. El primer contacto entre ambos jesuitas fue la lengua guaraní. Francisco la requería para su destino misional. Antonio la dominaba, incluso traía ejemplares de su gramática y tesoro de la lengua guaraní. Sería un consuelo en su destierro enseñarla a un futuro misionero.

Pero pronto fueron interrumpidas las clases. El Virrey Mancera solicitó al Provincial que Francisco fuera capellán de su hijo, Don Antonio de Toledo, que partía al frente de una poderosa flota hacia Valdivia, en busca de piratas holandeses. ¿Habría tenido que ver con esa petición del Virrey el mismo Antonio que trataba con este los asuntos del Paraguay? Partió Francisco a su primera y única travesía marítima el 31 de diciembre de 1644.

Como los holandeses ya se habían retirado de la zona, volvió la flota sin pena ni gloria al Callao el 6 de mayo de 1645. Acudió enseguida Francisco al Provincial para confirmar su destino a los Chiriguanas. Pero fue inútil. Entre tanto se había abandonado la misión, después de nueve años de infructuosos esfuerzos. Recibió en cambio otro destino: la tercera población en el Callao. Quizá recordó Antonio que él no la había hecho. Poco

después estaba de nuevo Francisco dando clases de gramática en el Colegio San Martín de Lima. Aunque en otras actividades, su vida iba a quedar definitivamente confiada a los límites de nuestra capital.

Del guaraní a la mística

Pero Dios le preparaba rutas vertiginosas en su mundo interior. Francisco nos cuenta: *Andaba yo en este tiempo con el espíritu muy inquieto con la variedad e inconstancia que entonces tuve en el modo y materia de mi oración* (Castillo, 1960, p. 100). No podía saber que su profesor de guaraní se iba a convertir en su maestro de vida interior. Años después recordaría afectuosamente: *No ha sido el mejor amparo que de la Santísima Reina del cielo he sentido, la venida del Venerable apostólico Padre Antonio Ruiz de Montoya a esta ciudad de Lima, por el gran consuelo y bien que ha sido para mi alma* (Castillo, 1960, p. 99). Antonio escribiría por su parte el 29 de marzo de 1652, dos semanas antes de su muerte, al Padre Juan Pastor, Provincial entonces del Paraguay: *Una persona muy enamorada de Dios, y deseosa de servirle, me consultó el modo que tenía de presencia de Dios, que era un perpetuo quebradero de cabeza. Conocí que iba errada y que todo era perdimiento de tiempo con poco fruto* (Jarque, 1900, IV, pp. 149-150). Francisco lo dice con parecidos términos: *Llegué un día a comunicar por mi dicha y dar cuenta de mi conciencia y del modo y materia de mi oración al Venerable Padre Antonio Ruiz [...] díjome el Siervo de Dios que el camino que yo llevaba de oración y meditación era un perpetuo quebradero de cabeza* (Castillo, 1960, p. 100). Antonio prosigue la carta citada: *Enseñéle otro modo más suave y fácil* (Jarque, 1900, IV, p. 150). Francisco describe la escuela de oración, a la manera ignaciana:

Para esto me dio [...] unos ejercicios [y] frecuentes conferencias y pláticas espirituales (Castillo, 1960, p. 100). Antonio usa las mismas expresiones: *Pidióme esta persona que le diese unos ejercicios de oración y devoción para crecer en la virtud. Diselos y dejélo bien instruido* (Jarque, 1900, IV, pp. 152-153). Francisco precisa el contenido de esta enseñanza: *Comenzóme entonces a enseñar el modo y ejercicio de oración mental que tenía [...] cuya esencia y sustancia consiste en una simplísima vista y conocimiento continuo de Dios, con actos fervorosos y continuos de amor en la voluntad* (Castillo, 1960, p. 100).

124 †

La amistad se fue haciendo cada vez más íntima, como advierte Francisco: *Fue grande el amor que me tuvo y la caridad que me hizo, sin merecerlo, a questo gran Siervo de Dios, manifestando y descubriéndome algunas cosas de las más secretas del corazón* (Castillo, 1960, p. 102). Se adivinaban el uno al otro. *Quando solía el dicho Padre Antonio venir a San Pablo, de fuerza, era cosa rara y particular, que luego le solía sentir en el espíritu y alma; y así decía entre mí: El Padre Antonio ha venido ya; y luego lo veía entrar en mi celda, o lo encontraba en la casa* (Castillo, 1960, p. 115).

Nos hubiera gustado conocer más pormenores de esta relación espiritual entre estos dos hombres de Dios. Francisco, conforme al gusto de la época, nos ha conservado casi solo los favores extraordinarios, los sueños premonitorios, las apariciones, pero vamos a encontrar otro camino de acceso a la intimidad de estos diálogos.

Una insistencia que agradecer

Como discípulo fervoroso, al advertir que su maestro preparaba su vuelta al Paraguay o tal vez al cielo, le solicitó con insistencia

que le dejase unos consejos por escrito. El mismo Antonio lo relata en la carta dicha: *Me rogó más, que ya que volvía a esa provincia, le dejase algunos saludables documentos* (Jarque, 1900, IV, p. 153). Quizá advertían los dos amigos que iba a ser un testamento espiritual.

Hay algo de solemnidad en los recuerdos del autor: *Hallábame entonces en una chacra bien retirada* [era el fundo Bocanegra entre Lima y Callao]. *Pensé escribir algún pliego de papel de estos puntos; pero hallándome con la pluma en la mano y con el espíritu delante del Santísimo Sacramento de la Iglesia del Callao, que dista dos leguas de la chacra, pidiendo a nuestro Señor luz para acertar, se me ofrecieron algunos opúsculos, enderezados a entablar su divina presencia, no ya fundada en su fuerza de imaginación o consideraciones sino en un acto vivo de fe* (Jarque, 1900, IV, p. 153).

‡ 125

Este es el origen de un tratado de mística que escribió Antonio con mano afiebrada y *con algún provecho mío* (Jarque, 1900, IV, pp. 153-154). Lo intituló *Silex del divino amor y raptó del ánima en el conocimiento de la primera Causa*. Pensamos que fue redactado hacia el año 1648.

Avatares de un manuscrito

Desconfiando del destino de su doctrina, *antes de entregarla a otra persona que me la pidió, la di al Padre Francisco Contreras y a otros maestros de teología* (Jarque, 1900, IV, p. 154). Antonio pedía modestamente a los dos teólogos citados *que con toda llaneza me dijese su sentir y enmendasen los yerros que había en ella* (Jarque, 1900, IV, p. 154). No solo aprobaron la obra sino le aconsejaron publicarla *que sería muy útil para los que tratan*

almas (Jarque, 1900, IV, p. 154). Surgió una dificultad práctica que tuvo lamentables consecuencias: *Aquí no se puede imprimir por las láminas que se han de hacer* (Jarque, 1900, IV, p. 155). Un manuscrito preparado para la imprenta nos ha conservado esas láminas. ¿Quién podía sospechar entonces que iban a ser la causa de que no se editara, al menos hasta nuestros días, trescientos cuarenta años después?²³

Francisco recibió una copia de manos del autor: *tuve dicha que me quedase un traslado que de su letra me escribió el Padre Antonio, antes de enviar el original a Sevilla* (Castillo, 1960, p. 101-102).

126 †

Un diálogo espiritual

En *Sílex* afloran con frecuencia frases del debate entre el viejo misionero y su discípulo. En la frontera íntima entre la meditación y la contemplación dos hombres de Dios enfrentan su experiencia, las dudas, los escrúpulos de Francisco y la segura confianza del Padre Antonio. Para este todo es *arrojarse en lo más denso de la tenebrosa calígene, donde habita aquella sutilísima, inmensa e increada luz* (Ruiz de Montoya, 1991, pp. 5-6).

Ya me dijiste –le dice el Padre Antonio a Francisco– *que en treinta años que andas en busca de la primera Causa por sus efectos, en que has trabajado mucho y ganado poco. Y ahora es tiempo ya*

23 En el año 1991, el P. Rouillon publicó este libro en la Pontificia Universidad Católica del Perú basado en una copia existente en el Archivo Arzobispal de Lima. Actualmente encuentra inserta en el expediente de la causa para la beatificación del Padre Francisco del Castillo (Nota de los editores).

de hallarla en sí (Ruiz de Montoya, 1991, p. 139). Meditar es llegar a Dios por sus efectos, las criaturas. Contemplar es mirarlo en su mismo ser.

Ahora es tiempo ya [...] a dejar atrás muchas jornadas que por tierra has hecho, cogitando, pensando, discurrendo y meditando, valiéndote de discursos e imaginaciones (Ruiz de Montoya, 1991, p. 139). Parece un eco de las palabras del mismo Francisco: *Estando yo un día pensando, discurrendo y meditando* (Castillo, 1960, p. 114)

El Padre Antonio le insiste: *Muy arduo camino has tomado de investigar y hallar la primera Causa* (Ruiz de Montoya, 1991, p. 6). Acude a una imagen de sabor teresiano: *Años ha que caminas por puertas y zaguanes de discursos, en que tu imaginación con muy poco fruto se entretiene, sin dejarte entrar al palacio y casas reales, ni al retrete donde la majestad suprema habita [...] quizás solo el descuido de entrar adelante te condenará a que te quedés fuera toda la vida* (Ruiz de Montoya, 1991, p. 129-130).

‡ 127

Francisco no cedió fácilmente a la insistencia de su amigo y maestro. Advertimos sus temores, sus reservas: *Dices que este ejercicio –escribe Antonio– no es para nuevos, ni para todo género de gente. Me replicas que esta contemplación en nuevos es tan tierna, que no pueden tener el alma fija continuamente en la primera Causa y fácilmente se tientan juzgando que en este ejercicio no hacen cosa de provecho ni caminan nada* (Castillo, 1960, p. 153).

A través de fórmulas sencillas o ingeniosas vuelve el maestro una y otra vez, desde diferentes ángulos, a plantear la presencia de Dios, meta de su doctrina. Jarque nos cuenta cómo Ruiz de Montoya ofrecía explícitamente a Dios cuanto hacía. No se

contentaba con el hábito de la pureza de intención, sino que la mantenía activa en cada acto que realizaba, como quien siente la presencia eficaz de Dios y la permanencia consecuente del diálogo con Él. *Iba siempre como absorto en continua presencia suya* (Jarque, 1900, IV, p. 143). *Una vez dijo a su confesor que si bebiera un jarro de agua o tomara alimento sin hacer actos de amor, lo tuviera por tiempo perdido* (Jarque, 1900, IV, p. 168).

128 }

Francisco se dejó al fin ganar por la lección fervorosa de su amigo y consejero. En su autobiografía confiesa: *Fui adquiriendo muy gran facilidad en este santo ejercicio y oración de unión y de quietud.*²⁴ Realmente, como dice Francisco, *la venida del Padre Antonio Ruiz de Montoya a esta ciudad de Lima por el grande consuelo y bien que ha sido para mi alma* (Castillo, 1960, p. 100).

Los últimos memoriales

Al mismo tiempo Antonio mantenía la defensa de los guaraníes ante la autoridad virreinal en Lima. Obtuvo, después de engorrosos trámites, la autorización para armar a los guaraníes. Estos, paralelamente habían comenzado a emplear armas de fuego, con el apoyo de los jesuitas, y así habían derrotado a los invasores paulistas en tres memorables batallas en Caazapá Miní, Caazapá Guazú y Mboreré, con las que se estabilizaron por mucho tiempo las fronteras del Paraguay.

El gobernador del Paraguay en 1639, Don Pedro de Lugo y Navarra, después de presenciar la victoria de Caazapú Guazú, gracias en buena parte a las armas que había prestado a los

indios, fue benévolo con los diecisiete paulistas apresados en combate, a pesar de las cédulas que ordenaban un castigo ejemplar para esos malhechores. De hecho se fugaron cinco, entre ellos el que había dado muerte al Padre Alfaro.

A todo esto cerró los oídos [el gobernador] abriendo los ojos al despojo de dos mil almas que el enemigo había cautivado, para ponerlos en perpetua esclavitud [...]. Esta presa repartió entre sus soldados, premiando su poco ánimo con ella, cargando de denuestos los indios que la ganaron. (Ruiz de Montoya, 2001, p. 292)

Ante las quejas de misioneros e indios, *trató de anticipar su defensa* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 293), dando razones falsas para prohibirles el manejo de armas y echando la culpa a los jesuitas de los *alborotos y muertes de los portugueses* (Ruiz de Montoya, 2001, p. 293). Otro gran problema de los jesuitas en el Paraguay fue la difícil relación con el obispo Don Bernardino de Cárdenas. Antonio hizo una defensa erudita del catecismo en guaraní que se usaba entonces en el Paraguay, *Apología en defensa de la doctrina christiana escrita en lengua guaraní*, manuscrito que también se mantuvo inédito hasta fines del siglo XX. Fue el último escrito de cierta extensión que nos dejó Antonio.

† 129

Se refugiaba entonces, huyendo del tráfago cortesano, en el fundo Bocanegra, en el Callao, donde se entregaba a la oración y al servicio de los negros esclavos.

La despedida

A comienzos de abril de 1652 empeoró bruscamente la salud del Padre Antonio. Fue llevado desde el fundo Bocanegra

al Colegio de San Pablo en una litera. Su amigo Francisco le administró los últimos sacramentos. Con su habitual minuciosidad nos dice en sus memorias:

A media noche, entre las doce y la una, fue necesario darle la Extrema Unción; apenas se la acabé de dar por mis manos, cuando rindió suavísimamente su alma en las del que para tanta gloria suya lo había creado, a los once de abril de 1652 (Del Castillo, 1960, p. 117).

130 †

Los restos de Antonio fueron reclamados por los misioneros y los guaraníes del Paraguay. Los jesuitas limeños accedieron a este deseo razonable, pero cuidaron de reservar dos pequeños huesos como reliquia. En un recorrido a pie de once mil kilómetros, de ida y vuelta, un grupo de guaraníes vino a recuperar un cuerpo que realmente les pertenecía. Hacia sus queridas Reducciones partió, en hombros de sus hijos. Ni muerto dejó de viajar este misionero incansable hasta perderse en la selva, que borró años después los vestigios de esa gran obra misionera. Enterrado en la sacristía de la Reducción de Loreto, su última residencia en Paraguay, hoy en la provincia argentina de Misiones, no se ha encontrado aún su tumba, devorada por la vida exuberante de ese mundo con el que él tantas veces se identificó.

BIBLIOGRAFÍA

Cortesão, J. (1961) *Jesuitas e Bandeirantes no Guairá*.
Manuscritos de Coleção De Angelis. Rio de Janeiro:
Biblioteca Nacional.

----- (1969) *Jesuitas e Bandeirantes no Tape (1615-1641)*.
Manuscritos de Coleção De Angelis. Rio de Janeiro:
Biblioteca Nacional.

Del Castillo, F. (1960 [1672]) “Autobiografía”, en *Un místico del siglo XVII*. Introducción del P. Rubén Vargas Ugarte.
Lima: Librería e imprenta Gil.

† 131

Del Techo, SJ, N. (1897 [1673]) *Historia de la Provincia del Paraguay y de la Compañía de Jesús*. Madrid: Librería y casa editorial A. de Uribe y Compañía.

Documentos para la Historia Argentina (1927) *Iglesia, Cartas Anuas del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1609-1614)*. Con advertencia de Emilio Ravignani e introducción del P. Carlos Leonhart, SJ. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras, tomos XIX y XX.

Furlong, SJ, G. (1964) *Antonio Ruiz de Montoya y su carta a Comental (1645)*. Buenos Aires: Ediciones Theoria.

Hernández, SJ, P. (1913) *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*, vols. I y II. Barcelona: Imprenta Gustavo Gili.

Jarque, F. (1900 [1662]) *Ruiz de Montoya en Indias (1608-1652)*. Vols. 1-4, Madrid: Editor Victorian Suárez.

Lizárraga, SJ, P. (1908) *Descripción y población de las Indias*. Lima: Instituto Histórico del Perú.

Lozano, SJ, P. (1755-1756) *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*. I-II, Madrid.

132 †

Maeder, E. (1990) *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay 1632-1634*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.

Rouillon, SJ, J. (1997) *Antonio Ruiz de Montoya y las Reducciones del Paraguay*. Asunción: Centro de Estudios Paraguayos Antonio Guasch.

----- (2001) *Vida de Antonio Ruiz de Montoya*. Lima: Escuela Superior de Pedagogía, Filosofía y Letras Antonio Ruiz de Montoya.

Ruiz de Montoya, SJ, A. (1892 [1639]) *Conquista espiritual del Paraguay*. Bilbao: Imprenta del Corazón de Jesús.

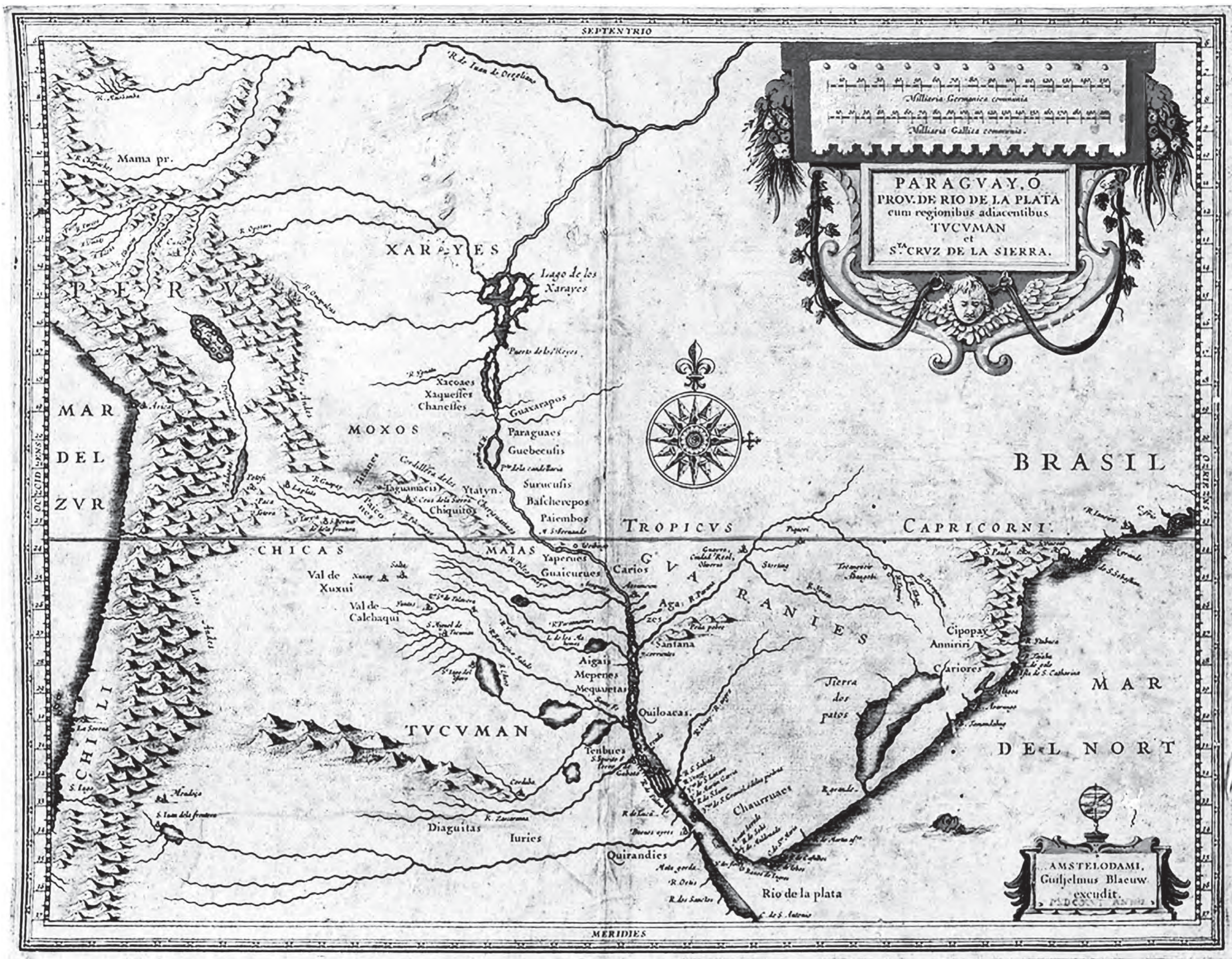
----- (1964 [1645]) “Relación de las gracias recibidas de Nuestro Señor”, en *Antonio Ruiz de Montoya y su carta a Comental (1645)*. Buenos Aires: Ediciones Theoria.

----- (1991 [1640]) *Sílex del divino amor*. Introducción, transcripción y notas de José Luis Rouillon. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

----- (2001) [Compilación de los escritos de Antonio Ruiz de Montoya], en *Antonio Ruiz de Montoya. Testemunha de seu tempo* (Tesis de maestría). Universidade do Vale do Rio Dos Sinos, São Leopoldo, Brasil.

Storni, SJ., H. (1984) *Antonio Ruiz de Montoya*. Roma: Archivum Historicum S.I. LIV, pp. 425-442. Roma.

Vargas, SJ, R. (1963) *Historia de la Compañía en el Perú*. Burgos: Imprenta de Aldecoa.



MAPA DEL PARAGUAY (1616)

Paraguay, o la provincia del Río de la Plata, con las regiones adyacentes de Tucumán y Santa Cruz de la Sierra

Este mapa de Paraguay y de la cuenca del Río de la Plata es obra de Willem Blaeu (1571-1638), fundador de una famosa dinastía de cartógrafos holandeses. Blaeu estudió astronomía, matemáticas y la elaboración de globos terráqueos con el erudito danés Tycho Brahe, antes de establecer su estudio cartográfico en Ámsterdam. En 1633, se lo nombró cartógrafo de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales. Willem Blaeu publicó, junto con sus hijos Joan y Cornelis, el Atlas Novus (Nuevo atlas), un trabajo de 11 volúmenes que constaba de 594 mapas.

Fuente: Biblioteca Digital Mundial

El profesor de filosofía y documentalista peruano **José Luis Rouillon Arróspide SJ (1928-2001)** fue licenciado en Teología y doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Innsbruck. Escribió el libro *Las formas fugaces* (Lima, 1973), un estudio dedicado al poeta José María Eguren, y editó los relatos perdidos de José María Arguedas en el libro *Cuentos olvidados* (Lima, 1974). También tradujo el poemario *El pórtico del misterio de la segunda virtud* del escritor francés Charles Peguy (Madrid, 1991). Con una mente siempre dispuesta a descubrir nuevos modos de comprender la realidad, también realizó documentales para la televisión alemana (ZDF y ARD). Entre los trabajos dedicados a Antonio Ruiz de Montoya se encuentran el *Sílex del divino amor* (Lima, 1991), obra mística del padre jesuita, y *Antonio Ruiz de Montoya y las reducciones jesuitas del Paraguay* (Asunción, 1997).



Esta edición de *Vida de Antonio Ruiz de Montoya*, se han compuesto trescientos ejemplares. El libro se terminó de imprimir en la ciudad de Lima en el mes de noviembre de 2018 durante la conmemoración de los 450 años de presencia de la Compañía de Jesús en el Perú

